

Philip Trower

La Iglesia docta y la rebelión de los eruditos

Copyright © Estate of Philip Trower 1979, 2019.

Traducido al español en 2021-2022 por Daniel Iglesias Grèzes
con autorización de Mark Alder, responsable del sitio *Christendom Awake*.

Fuente: <http://www.christendom-awake.org/pages/trower/church-learned/church-learned-chap-1.htm> (versión del 12/12/2021).

Nota del Traductor: Procuré minimizar mi trabajo de edición. Añadí aclaraciones breves entre corchetes en algunos lugares.

Tabla de Contenidos

[Capítulo I. El primer modernismo](#)

[Capítulo II. Las raíces de la incredulidad modernista](#)

[Capítulo III. El neo-modernismo: una plaga subterránea](#)

[Capítulo IV. El existencialismo: el intruso feo](#)

[Capítulo V. La esencia de la tragedia de nuestro presente](#)

[Conclusión. La nueva religión](#)

Capítulo I. El primer modernismo

Uno percibe que muchos católicos reaccionan a los eventos en la Iglesia durante los últimos 15 años [1964-1979] como si una roca hubiera caído del cielo sin ningún lugar de donde caer, ni siquiera un *jumbo jet* que pasara.

¿Qué pudo haber causado tal explosión de ira, rebelión, herejía, apostasía y odio por todas las cosas católicas? Es como si el orden de la naturaleza se hubiera invertido: efectos sin causas; explosiones sin explosivos ni nadie que las encienda.

Debajo de estos sentimientos suele estar la creencia de que la vida católica antes del Concilio, dejando de lado las deficiencias habituales, estaba "en un estado bastante bueno". Cualquier defecto que pudiera haber existido ciertamente no era suficientemente serio como para explicar las calamidades y desórdenes posteriores.

Estoy seguro de que esta creencia es errónea y sólo aumenta la infelicidad y el desconcierto.

Volviendo a la época anterior al Concilio, creo que ahora podemos ver más claramente que lo que era posible antes los dos males principales. Una comprensión de ellos posiblemente ayudará a aclarar por qué se está produciendo una apostasía simultáneamente con un intento de movimiento de reforma.

Estos dos males, diría yo, fueron: una tremenda disminución de la vitalidad espiritual entre los fieles de todos los rangos, clérigos y laicos (es decir, nosotros mismos), enmascarada por una fachada grandiosa de práctica religiosa —no veo cómo la rebelión actual podría haber ocurrido si esto no fuera así; y la difusión de la herejía, o de ideas que tienden a la herejía, en un sector mucho más amplio del alto clero que lo que nadie se había dado cuenta.

Por alto clero no me refiero a cardenales y obispos, sino a teólogos, eruditos, pensadores y profesores en universidades e institutos de estudios superiores católicos: la intelectualidad católica, de hecho, en su nivel más alto. Es de este segundo factor que quiero hablar aquí.

¿Qué había estado sucediendo en este mundo del alto clero durante los últimos 100 años? ¿Por qué la mayor parte de esta muralla de Jerusalén se derrumbó tan trágicamente en montones de escombros cuando el mundo moderno marchó a su alrededor y tocó sus trompetas?

Sin embargo, ante todo unas pocas palabras de carácter general sobre el lugar del saber y la erudición en la Iglesia.

CAMINANDO POR UN CAMINO ESTRECHO

Cualquier católico que dedica sus talentos a exponer la fe o se empeña en un estudio que resultará en hacer que la Iglesia y sus enseñanzas se comprendan mejor está haciendo claramente una obra noble. Uno sólo tiene que recordar el inmenso bien logrado por los fieles católicos eruditos y teólogos para sentirse agradecido a Dios por sus dones, que hicieron posible sus libros, y a los hombres mismos por haber usado tan bien esos dones.

Si bien el trabajo principal de los académicos católicos de este tipo es explicar y defender la Revelación y todas las verdades que tienen que ver con ella, tienen un trabajo subordinado pero relacionado que también es muy importante: investigar las nuevas ideas que los hombres siempre están proponiendo, dentro y fuera de la Iglesia, a fin de separar lo verdadero de lo falso y ver cómo exactamente los elementos de verdad armonizan con la Revelación.

Ésta es probablemente la parte más difícil de su trabajo. El mundo de las ideas especulativas y las acumulaciones masivas de hechos es el lugar donde es más fácil tomar un camino equivocado y caer en un pozo, y con frecuencia ellos están investigando nuevos territorios.

Creo que el primero de los escollos es la inclinación de los expertos a enamorarse de sus temas. Para el estudiante católico del budismo, el budismo y los budistas comienzan a ocupar un lugar destacado en su corazón; lo mismo le ocurrirá al estudiante de la Edad de Piedra o del marxismo. (El arqueólogo Sir Leonard Cottrell, hablando sobre esta debilidad, comenta con buen humor que había conocido a asiriólogos que encontraban hermosos incluso a los antiguos asirios como se muestran en sus bajorrelieves). Cuando esto sucede, "mi tema" se convierte en el interés que da entusiasmo a la vida, y la fe se ve como un suplemento aburrido. Las consecuencias son

especialmente dañinas si el erudito es un sacerdote. También habrá una ambición a hacer que "mi tema" y la fe se parezcan lo más posible.

Del mismo modo, el aprendizaje en sí mismo o la vida intelectual puede convertirse en el gran amor —una especie de religión alternativa y superior— y el compañero intelectual, incluso si es ateo, parece espiritualmente más cercano que el cuerpo principal de los fieles.

Es extraño, cuando uno lo considera, que a los católicos no se les enseñe a pensar más en lo que podría llamarse la Iglesia Docta, y que no existan órdenes especiales de contemplativos para rezar y hacer penitencia por su bienestar, dado que su trabajo es tan necesario y sus miembros ocupan lo que, en lo que respecta a la fe, es uno de los puestos más expuestos en la Iglesia. Son como hombres en un puesto de observación que está continuamente bajo un intenso fuego de artillería. A medida que estudian libros nuevos y publicaciones eruditas, ellos viven bajo un bombardeo de tentaciones de un tipo que la mayoría de los fieles nunca experimenta.

"Oh, qué idea tan brillante. ¿Pero qué pasa con la doctrina de la gracia? Quizás debería orar antes de seguir leyendo. No. No tengo tiempo. Es más importante continuar con mi trabajo. *Laborare est orare* [Trabajar es orar]. La Iglesia podría estar equivocada; esto nunca ha sido definido. ¿Cómo un obispo tonto podría entender ideas tan complicadas?"

El peligro principal no es tanto que ellos tomarán un camino equivocado —cualquiera puede cometer errores— sino que, habiéndolo tomado, insistirán en seguir adelante a pesar de las advertencias.

LA HUMILDAD DE LA SUMISIÓN

Para los académicos católicos, su protección infalible, como sabemos, es la obediencia a la autoridad docente de la Iglesia y la disposición a someter sus conclusiones a su juicio. Siempre que estén dispuestos a hacer esto y que reconozcan que, a pesar de su inteligencia y cultura, ellos no son las autoridades finales en materia de fe, o para decidir hasta dónde y de qué manera una rama particular de investigación que entra en contacto con la fe y la moral debe ser llevada a cabo, ellos están seguros.

Una parte del misterio de la Iglesia es que Dios, al diseñarla y al arreglar cómo Su verdad debe ser transmitida, hizo que los filósofos griegos, o cualquiera que se les pareciera, se subordinaran a pescadores galileos. Los tres Sabios [los Reyes Magos] inclinándose ante la Divina Sabiduría que se hizo visible como un bebé proporcionaron un prototipo. Un Papa o un obispo pueden ser eruditos personalmente, pero su conocimiento no añade nada a su autoridad. Su autoridad para juzgar las ideas de incluso el pensador más brillante proviene únicamente del hecho de que él es un sucesor de uno de los apóstoles de clase trabajadora y poco instruidos de Nuestro Señor. (San Pablo, el "graduado universitario", fue traído más tarde, pero sólo después de una gran dosis de humillación).

El propósito detrás de este plan no es difícil de ver. Todo en los designios de Dios está dirigido a mantenernos pequeños en nuestra propia estima, ya que éste es el único camino hacia el Reino de los Cielos, y nadie necesita más ayuda en este asunto que los hombres y mujeres con dotes intelectuales. (Sobre la entrada de cada universidad católica bien podrían estar grabadas las palabras de Santa Teresa de Lisieux: "Dios no necesita ningún instrumento humano, y mucho menos a mí"). Pero es un plan que los inteligentes no encuentran fácil de aceptar naturalmente. Con fe lo hacen: pero a medida que la fe declina, comienza a pegarse en la garganta. Entonces, en lugar de verse a sí mismos como servidores de Cristo y de Su Cuerpo Místico, sin darse cuenta se convierten en servidores de los poderes de este mundo —como lo hizo Occam cuando huyó de Aviñón a la corte de Luis de Baviera— o de sus propias carreras.

Uno de los aspectos menos atractivos de los teólogos que se han hecho famosos desde el Concilio es, creo, su monstruosa vanidad y egoísmo. Su infidelidad es, por supuesto, peor, pero no es tan instantáneamente repulsiva. La confusión y el desconcierto en los que han sumido a los humildes y simples, y el gran número de personas a las que han hecho abandonar la fe por completo, los dejan claramente fríos: mientras puedan escribir lo que quieran y hacerse una reputación para sí mismos, aparentemente nada les preocupa. Si unos médicos se hubieran

comportado así, dejando atrás un rastro de cadáveres y de inválidos, no se habrían ganado una reputación sino infamia.

Pero es que los teólogos revolucionarios no aceptan el plan de Dios para la Iglesia. Habiendo entrado el mundo en la era del experto, ellos creen que el académico o teólogo debe ocupar en la Iglesia el mismo lugar que el científico espera ocupar eventualmente en la sociedad secular: dirigirla. Éste es el gran sueño y el engaño de los teólogos revolucionarios: también, dicho sea de paso, de los científicos y los intelectuales seculares. Los verdaderos intelectuales casi nunca gobiernan, excepto brevemente en períodos de desastre y caos. La propia naturaleza de sus dones los incapacita para ello. Los pensadores que también son gobernantes naturales, como Calvino y Lenin, son rarezas (gracias a Dios) y el mundo suele suspirar de alivio cuando se marchan.

LAS VERDADES DEBEN PERMANECER INTACTAS

Un segundo hecho que los eruditos en la Iglesia están tentados a perder de vista es que la Revelación es diferente a otros tipos de conocimiento; que siendo un cuerpo de verdad que viene directamente de Dios, completo y absolutamente cierto, tiene que mantenerse intacto. No es una mole de información adquirida de forma natural, a la que continuamente se le agregan cosas y que tiene que ser revisada repetidamente para que cualquier error que se haya infiltrado pueda ser descartado. (El significado del desarrollo de la doctrina y las renovaciones periódicas de la teología —esos temas de los que tanto se abusa— no se puede discutir aquí, pero no altera lo que acabo de decir). Ésta es la razón por la que los teólogos y académicos católicos, por mucho que lo anhelan, no pueden disfrutar de la libertad académica reivindicada por los académicos que se ocupan de cosas puramente naturales.

En este punto, el académico católico está expuesto a otra tentación; esta vez no de orgullo o egoísmo, sino de temor a sus colegas no católicos: a la ceja levantada, a la risita divertida en la reunión de expertos o en la sala de profesores de la universidad. "Oh. Le pido disculpas, Padre, me olvidaba de que tiene que pedirle permiso al Papa antes de aceptar eso..." El Padre, en lugar de responder que está feliz de someter sus ideas sobre cualquier tema relacionado con la fe y la moral al Papa, ya que si Dios ha hecho una Revelación, obviamente ésta tiene que ser protegida de los vaivenes de la opinión humana, se marchita interiormente. ¿Por qué él debería tener en cuenta a un montón de italianos en Roma que no saben nada de ciencia? Qué agobio es tener que cargar la fe sobre uno mismo en estos ambientes académicos civilizados, como un baúl viejo y destartado lleno de ropa gastada.

Si los académicos católicos van a permanecer fieles hoy, van a necesitar una formación extrafuerte en el desapego del respeto humano.

La Revelación se diferencia de otros tipos de conocimiento también de otra manera. En los estudios seculares, la inteligencia y el trabajo duro son mayormente suficientes. Los defectos de carácter y la falta de fe ciertamente no están exentos de consecuencias. El ateísmo y la imperiosidad de Freud, por ejemplo, evidentemente lo cegaron a muchas cosas que le habrían parecido obvias a un tipo diferente de hombre. Sin embargo, los dones y cualidades naturales por sí solos pueden lograr resultados sorprendentes. Pero para el estudio y la comprensión adecuada de la teología católica, la Sagrada Escritura y la historia de la Iglesia son necesarias otras cosas.

SE NECESITA LA FE

Primero, para comprender hay que creer. Los historiadores no creyentes que estudian la Iglesia saben mucho más sobre su teología y su vida que la mayoría de los católicos, pero en un sentido profundo no comprenden lo que saben. Lo mismo comienza a ser cierto para los académicos católicos cuando surgen las dudas.

Sin embargo, la fe por sí sola no es suficiente: con la fe y el conocimiento debe haber bondad. Un erudito católico que se deja secar, ambicioso, cínico o egoísta, algo que les sucede muy fácilmente a los eruditos, sólo tendrá una comprensión superficial de su tema. Cuando los teólogos y académicos católicos van un paso más allá y piensan que el dominio de su tema depende de su habilidad intelectual más que de la gracia, comenzarán a volverse ciegos. Una opinión

excesivamente elevada de sí mismo como erudito parece haber sido lo que sacó a Dollinger de la Iglesia y convirtió a Lord Acton en un miembro muy intranquilo dentro de ella. Históricamente, los cultos e inteligentes generalmente han sido los primeros en ser engañados por los nuevos errores. A principios de este siglo [XX], cuando un sacerdote muy conocido, que luego dejó la Iglesia, comenzó a predicar la herejía en una iglesia famosa de Londres, la primera persona que se dio cuenta fue un hermano lego, uno de los que hacían las tareas del hogar. Los sacerdotes eruditos que pasaban todo el día leyendo libros fueron más lentos para entender.

Estas observaciones sobre las tentaciones y las dificultades naturales que acosan a los académicos católicos se hacen para situar en el contexto adecuado lo que voy a decir sobre un grupo particular de ellos. Sin duda la mayoría de los comentarios son bastante obvios, pero sin ellos en mente será mucho menos fácil entender por qué este siglo [XX] ha visto una gran rebelión de eruditos y teólogos. En estos desastres, las causas son siempre morales y espirituales antes que intelectuales.

EL GERMEN DEL MODERNISMO

Los católicos, como sabemos, siempre son influenciados por ideas que vienen de afuera de la Iglesia, una parte de las cuales son dañinas. Cuando la salud espiritual es fuerte, el Cuerpo Católico las desecha; cuando está un poco decaído, será invadido por ellas; cuando está débil, sucumbirá en su fe a una amplia gama de infecciones.

Algo así comenzó a suceder a mediados del siglo pasado [XIX], un proceso que ahora está llegando a su clímax.

Alrededor de 1860, el mundo católico culto comenzó a sentir plenamente por primera vez el impacto de esa cosa tan extensa, el pensamiento moderno, del que hablé en otro artículo [falta la referencia]. Deslumbrados por el prestigio de la ciencia y la erudición del siglo XIX (que en verdad eran formidables) y las maravillas técnicas (iluminación de gas y máquinas de vapor) que las acompañaban, comenzaron a aceptar una amplia gama de ideas especulativas e ideologías como verdades establecidas y a alterar la fe católica para ajustarla a ellas.

Su intención original era apostólica: separar todo lo que era aceptable en el pensamiento moderno y mostrar cómo se lo podía armonizar con la fe católica para que ningún obstáculo innecesario impidiera a los hombres de su época ver a Cristo en la Iglesia católica y para que los propios fieles no se opusieran inútilmente a lo que era naturalmente bueno. El trigo del pensamiento moderno tenía que ser separado de la paja; una intención loable. Ésta es la idea detrás de todos los conceptos verdaderos de lo que el Papa Juan [XXIII] quiso decir con *aggiornamento*.

Pero ya se pueden ver las semillas de los problemas en la forma principal en que ellos hablaron sobre el trabajo por hacer.

La Iglesia, se dijo, debe reconciliarse con "los tiempos modernos" o "el espíritu de la época", siendo Gioberti (muerto en 1852) uno de los primeros en hacer esta exigencia. Pero, ¿cuál es el espíritu de la época? ¿Cuánto podemos hacernos amigos de él? En la medida en que sus ideas estén equivocadas, ¿se lo puede persuadir a que las abandone? Y, si no lo hace, ¿hasta qué punto podemos colaborar con ellas con seguridad? Éstas, por supuesto, son las cuestiones con las que Jacques Maritain pasó luchando gran parte de su vida, y que subyacen en algunas de las luchas en el Concilio sobre la redacción de sus documentos.

Si la época es concebida como dirigida por una variedad de espíritus, una oligarquía anárquica, por así decir, el problema es menos intratable. Los católicos pueden entablar amistad con los buenos y evitar o cerrar la puerta a los malos. En este sentido la Iglesia siempre se está reconciliando con los tiempos modernos —no hay tiempos que no sean modernos— lo que a menudo significa tolerar lo que no aprueba pero no puede remediar: lo mejor que puede hacer es mitigar los males más graves. En esto con frecuencia se verá obstaculizada por el hecho de que una parte de sus hijos llevará a cabo un falso *aggiornamento* con su tiempo, una especie de romance apasionado —los períodos renacentista y feudal nos proporcionan algunos ejemplos sorprendentes— cuyas consecuencias costarán más tarde a los eclesiásticos santos mucho tiempo y esfuerzo deshacer. (Los del siglo XXI claramente van a tener un gran trabajo de este tipo).

Hasta cierto punto las disputas sobre este asunto tienen que ver con diferencias de gusto y de énfasis: "¿Los tiempos modernos tienen más de bueno que de malo, o de malo que de bueno?" Pero ya se ve en hombres como Gioberti una inclinación, que se volverá más pronunciada en las subsiguientes generaciones de católicos, a considerar "los tiempos modernos" o "el espíritu de la época" como un todo indivisible, bueno en sí mismo, que sólo puede ser aceptado o rechazado. Éste es un enfoque demasiado simple para un católico. Los tiempos modernos —si con eso nos referimos a las ideas y fuerzas desatadas por la ilustración del siglo XVIII y la revolución industrial— se caracterizan por logros técnicos y materiales notables, algunas aspiraciones razonables e incluso nobles, pero también, obviamente, por errores filosóficos y espirituales profundos, siendo el más notable la falta de voluntad de los hombres para verse a sí mismos como criaturas.

VOLVERSE ILUSTRADOS

Otra forma de considerar el trabajo a realizar era hablar de unir la fe y la ciencia, o la fe y la razón. Tampoco esta forma de hablar estuvo exenta de semillas de malentendidos. Se sabe lo que significaba. Un hecho establecido naturalmente, si realmente es un hecho, sigue siendo un hecho. Nuestra religión no nos obliga a negarlo. Pero puede pasar mucho tiempo antes de que se comprenda el significado de un hecho particular, y los misterios que Dios nos ha revelado a menudo parecen ser contradichos por hechos y apariencias naturales. Cuando hablamos de unir la fe con la razón o la ciencia, ¿qué hay en nuestra mente? ¿Nuestro objetivo es en realidad hacer que los misterios revelados por Dios parezcan lo que el hombre promedio o el científico sin fe consideran "razonable"?

Creo que habría habido muchos menos malentendidos sobre este tema si en lugar de hablar de fe y razón, los católicos siempre hubieran hablado de conocimiento sobrenatural y natural. Lo que estaba en juego se habría visto entonces más claramente: dos fuentes de información y dos cuerpos de conocimiento, siendo el primero el más precioso y el que permite a la mente penetrar más profundamente en la realidad. La objeción a hablar sobre la fe y la razón, o la fe y la ciencia, es que inmediatamente pone a la fe en desventaja. La fe es ampliamente considerada como un asunto de sentimientos nebulosos y deseos vagos, mientras que la razón y la ciencia son consideradas claras y precisas y referidas sólo a hechos. Así la ventaja es para la "razón" y la "ciencia" —ya sea que se las conciba como representativas de las afirmaciones del conocimiento natural o del punto de vista incrédulo— antes de que cualquier discusión de los problemas que surgen al tratar de armonizar los dos tipos de conocimiento haya siquiera comenzado.

En la década de los años 1870, los católicos cultos de los que hablo habían empezado a tratar de hacer que la fe, o el conocimiento sobrenatural, pareciera "razonable" a sus contemporáneos no creyentes justo de la manera que he estado describiendo; una señal certera de que les había comenzado a parecer "irrazonable", es decir increíble, a ellos mismos. Bajo la influencia de sus estudios, o más bien de las tentaciones que los acompañaron, su fe colapsó. La voz del saber secular, incluso en religión, llegó a parecerles una autoridad más alta que la voz de la Iglesia, y tomaron como un principio que en cualquier conflicto de ideas (real o aparente) la Iglesia debe ceder y ajustar su pensamiento. En lugar de separar el trigo de la paja, habiendo adquirido una preferencia por la paja, comenzaron a tratar de entrar de contrabando trigo y paja en los graneros de la Iglesia.

Éste fue el origen del modernismo, y la subordinación intelectual de la Iglesia al saber secular fue su piedra fundacional. Al final de este proceso, que ahora se está alcanzando, toda la Revelación ha sido dejada de lado como un cuento de hadas que los hombres inventaron para explicar las cosas antes de que pudieran pensar, y la "ciencia" y el "pensamiento moderno", aceptados en su totalidad como la única fuente de conocimiento, son entretejidos en una religión. Estamos observando un poco de evolución genuina: la transformación de un tipo de criatura en otra. Cuando esté completa, el cristiano dará un paso adelante, ya no como un cristiano, sino como un hombre de la ilustración completamente desarrollado.

EL CENTRO DE LA RUEDA MODERNISTA

El modernismo en su primera fase funcionó aproximadamente desde 1875 hasta 1910, cuando, como se recordará, fue detenido, o se pensó que lo había sido, por San Pío X. Luego pasó a la clandestinidad durante 50 años y resurgió con la muerte de Pío XII. En este primer período el movimiento se limitó a los académicos: la masa de los fieles fue poco afectada.

Lo que sucedió fue una de esas hermandades intelectuales de hombres de ideas afines que parecen surgir espontáneamente; hombres que leen los mismos libros, y por consiguiente tienen los mismos pensamientos, y que se conocen personalmente o bien por correspondencia.

Entre 1888 y 1900, una parte de ellos se reunió en una serie de "congresos científicos internacionales" de católicos (principalmente reuniones de historiadores, biblistas y filósofos) organizados por Mons. d'Hulst, rector del *Institut Catholique* de París, un instituto de estudios superiores católicos fundado recientemente para proporcionar académicos que pudieran responder a los ataques hechos en nombre de la cultura y de la ciencia contra las razones para la fe.

La figura más activa fue el barón von Hugel, un inglés naturalizado, austriaco de nacimiento, que vivió la mayor parte de su vida posterior en Cambridge, Inglaterra. Era una especie de entrometido religioso, muy culto y muy erudito, que se dedicó a poner en contacto entre sí a sacerdotes y laicos con ideas dudosas, animándolos a persistir en su trabajo cuando mostraban signos de debilidad, y en general a tratar de mantenerlos juntos como grupo. Vivió hasta 1925 y ha tenido una gran reputación entre los católicos ingleses. Los que lo conocen han minimizado su modernismo y el resto no ha sido consciente del mismo. Es difícil saber en qué creyó en varios momentos, pero hacia 1900 no parece haber sido la fe católica. El P. Tyrrel, él mismo un modernista, después de escuchar a von Hugel hablar sobre religión una noche, resumió las opiniones de von Hugel así: "Nada es verdad, pero la suma total de las nada es sublime". Creo que esta estimación está confirmada por el testimonio de otros contemporáneos. A pesar de esto, él era notablemente piadoso —para sorpresa de sus amigos franceses más lógicos. Disfrutaba mucho actuando como guía espiritual de almas atribuladas, asegurando a veces a los protestantes que era mejor para ellos no convertirse en católicos. Muchos de sus otros consejos son perfectamente sensatos, ya que estaba familiarizado con los grandes maestros de la vida espiritual. Los malentendidos sobre él se deben en gran parte, creo, a su psicología extraña, sosa y, uno se siente tentado a decir, resbaladiza. Como otros modernistas de este período, tenía la extraña habilidad de escribir como si tuviera una personalidad dividida, sonando a veces como un monje (o monja contemplativa) devoto y excepcionalmente espiritual, y otras veces como el editor de una revista para escépticos. También Teilhard de Chardin tenía esta habilidad.

Ciertamente von Hugel no creó el modernismo, pero su conocimiento de idiomas, su posición social y su independencia financiera le permitieron actuar como empresario para el movimiento de una manera que no habría sido fácil para nadie más. Le dio así una coherencia que de otro modo podría no haber tenido y sin la cual las medidas públicas tomadas por San Pío X para poner fin al movimiento podrían no haber sido necesarias.

RADIOS CONECTADOS AL CENTRO

Entre los corresponsales modernistas de von Hugel, menos de una docena ocupan un lugar destacado en los estudios del movimiento.

Loisy, el estudioso de las Escrituras, es quizás el más conocido. Enseñó en el *Institut Catholique* y escribió una serie de libros durante los años noventa y poco después, que parecían ser una defensa del Nuevo Testamento contra ideas como las del erudito alemán Harnack, pero en realidad lo socavaban. Laberthonniere, un sacerdote oratoriano, y Leroy, un laico, eran filósofos. Hebert era director de la *Ecole Fenelon* de París, un famoso colegio para varones: sus intereses también eran principalmente filosóficos, aunque se extendían también a la Biblia y la historia. Houtin, otro sacerdote, era una especie de autoproclamado publicista del movimiento, y el escritor protestante liberal Paul Sabatier era un participante entusiasta. Éste fue el principal contingente francés. Los italianos Minocchi, Buonaiuti, Samaria y Fogazzaro fueron los principales agentes de la popularización de las ideas modernistas en Italia. Los tres primeros eran sacerdotes. Minocchi y

Buonaiuti editaron revistas. Semaria, un barnabita, era un biblista como Loisy. Fogazzaro, el novelista exitoso, pudo llevar las ideas modernistas ante el público lector en general. En Inglaterra, el P. Tyrrel, irlandés por su nacimiento y su educación, un converso, era el modernista más abiertamente entusiasta —en opinión de sus amigos, un pensador místico y un reformador de la filosofía de la religión. Tanto él como Loisy tenían algo de *enfant terrible* —la necesidad de llamar la atención y salpicar— para vergüenza de sus socios más adultos y prudentes.

Éstos fueron los hombres que hicieron ruido, que estuvieron dispuestos a decir abiertamente lo que otros sólo pensaban, o a llevar al límite y más allá ideas que estos otros sólo estaban comenzando a tocar cautelosamente, y que, por lo tanto, finalmente se hicieron excomulgar, abandonaron la Iglesia por su propia voluntad, les fueron censurados libros o se les prohibió escribir. Sin embargo, ellos no fueron la causa del modernismo más de lo que lo fue von Hugel. Fueron simplemente síntomas de un desorden más amplio y más profundo: la punta de la roca que se muestra por encima de las olas durante la marea alta.

Finalmente, Mons. Mignot, el arzobispo francés de Albi, fue un patrocinador episcopal cauteloso del círculo.

Figuras más grandiosas y de mayor sabiduría mundana como el filósofo francés Blondel simpatizaron con el movimiento y tuvieron una participación en él, pero se apartaron de las consecuencias extremas de las ideas modernistas. Otros, como Edmund Bishop, el académico litúrgico inglés, laico y converso, sólo expresaron sus puntos de vista en cartas privadas y, por lo demás, mantuvieron un perfil bajo. El *Abbé Bremond*, el historiador de la espiritualidad francesa del siglo XVII, otro del tipo *enfant terrible*, entraba y salía del juego, pero sobre todo corría arriba y abajo de la línea de banda, manteniéndose así afuera de los problemas serios; mientras que el erudito francés Mons. Duchesne se podría decir que se sentó en la tribuna y disfrutó del deporte sin quemarse con el sol ni mojarse, a veces incitando a un hombre y otras veces gritando una advertencia.

CULTIVANDO LAS SEMILLAS DE LA INCREULIDAD

Duchesne, un sacerdote duro, enigmático e intelectualmente mundano, estuvo primero en el *Institut Catholique* y luego, durante los últimos 20 años de su vida, en la Escuela Francesa de Roma. Aunque incuestionablemente culto y con un conocimiento detallado de la historia de la Iglesia primitiva, parece haber tenido poca comprensión de lo que la Iglesia es realmente. Su sentimiento hacia la Santa Sede parece haber sido un desprecio sardónico. Hebert dijo que Duchesne lo ayudó a ver las "razones" para no creer en la Resurrección. Más tarde Duchesne lo negó. Siguiendo sus instrucciones, sus papeles fueron quemados después de su muerte. Las letras que sobreviven ofrecen una lectura escalofriante.

Aquí hay una para Hebert instándolo a no renunciar a la dirección de la *Ecole Fenelon*, aunque Duchesne tenía buenas razones para creer que él había perdido la fe.

"La autoridad religiosa cuenta con sus tradiciones y con los miembros más devotos de su personal, que son también los menos inteligentes. ¿Qué se puede hacer?... ¿Esforzarnos para reformarla? El único resultado de tales intentos sería lograr que a uno mismo lo tiren afuera por la ventana...

Enseñemos, entonces, lo que enseña la Iglesia... No es necesario que neguemos que en todo esto hay una gran parte de simbolismo que requiere una explicación. Pero deja que la explicación se abra paso en privado.

Puede ser que, a pesar de todas las apariencias, el viejo edificio eclesiástico se derrumbe algún día... Si esto sucediera, nadie nos culpará por haber apoyado el viejo edificio durante el mayor tiempo posible."

He citado esta carta por dos razones. En primer lugar, porque aunque algunos volúmenes de Duchesne fueron incluidos en el Índice, él tiene una reputación impecable como un gran erudito católico; en segundo lugar, porque ilustra lo que decía antes sobre las tentaciones de la erudición y sobre lo que sucede cuando la fe, la esperanza y la caridad declinan detrás de una pila de libros eruditos. Lo que vemos es algo muy triste y feo. ¿Detrás de cuántas otras pilas de libros se estaba

produciendo la misma decadencia? Duchesne multiplicado por varios cientos proporcionaría suficientes explosivos para desencadenar varias revoluciones.

Escuchando al grupo de modernistas indiscutibles que acabamos de considerar había una audiencia cada vez mayor de simpatizantes, cuyos corazones estaban perturbados por los mismos cuestionamientos y cuyos pensamientos se movían en la misma dirección.

[Vuelve a la Tabla de Contenidos](#)

Capítulo II. Las raíces de la incredulidad modernista

¿Qué creían exactamente los modernistas, o qué llegaron gradualmente a creer, así como a dejar de creer? (Porque dependiendo de cuál de sus dos caras se mire, el modernismo puede aparecer como un sistema de negaciones o como un sistema de afirmaciones nuevas que reemplazan esas negaciones). ¿Qué decían realmente y cómo llegaron a estas nuevas creencias?

Creo que si observamos el orden en el que sus ideas se desarrollaron y las fuentes de las que se extrajeron —incluso si esto significa cubrir algo de terreno familiar— tal vez obtengamos una mejor imagen general de lo que sucedió entonces y está sucediendo ahora, y cómo funciona la transformación intelectual del católico y cristiano en el hombre cuasi cristiano de la Ilustración (o, como deberíamos llamarlo ahora, el humanista secular o el creyente en la religión del progreso). Aunque hubo desacuerdos entre modernistas individuales sobre algunas de estas ideas, y aunque ellos fueron influenciados por ellas en diferentes grados, todos coincidieron en principios básicos.

El darwinismo y la crítica bíblica combinados obviamente causaron la mayor parte del daño. Ambos tienen el poder de enamorar súbitamente a los hombres porque se ocupan de un tema vasto y se abren camino en la mente más por sugestión que por demostraciones o pruebas claras. Cuáles, si existen, trazas de oro contienen en sus montañas de escoria es algo que la Iglesia finalmente nos dirá —al menos en la medida en que se relacionan con la Revelación. Aquí me ocupo sólo de la escoria y eso se aplica [también] a todas las otras ramas de estudio a las que me referiré.

Aunque la crítica bíblica había estado en uso mucho más tiempo que el darwinismo, creo que deberíamos poner al darwinismo primero, porque su impacto fue mucho más repentino y violento. La publicación de *El origen de las especies* (1859) marcó una gran división de una manera que la publicación de, digamos, la *Leben Jesu* [Vida de Jesús] de Strauss (1835) o la *Vie de Jesus* [Vida de Jesús] de Renan (1863) no lo hizo.

LAS TRES HIPÓTESIS DE LA CRÍTICA BÍBLICA

El darwinismo, como todo el mundo sabe, al dar un relato de la creación de las especies aparentemente diferente del de la Biblia, y un relato manifiestamente diferente del origen de los hombres, desafió directamente la verdad y la confiabilidad de la Biblia. Dado que por el mismo acto se pusieron en tela de juicio una serie de doctrinas fundamentales enseñadas constantemente por la Iglesia como objetivamente verdaderas (sobre todo el pecado original), en ciertas mentes católicas la creencia en la Iglesia como una maestra digna de confianza se vio sacudida. Y si Adán y Eva, el Jardín y la Caída eran mitos y tenían que irse, ¿dónde se detenía el negocio? Se había cortado un hilo y todo el tejido de la Revelación parecía a punto de romperse.

La idea de que los seres vivos llegaron a la existencia a través de la interacción de accidentes (la selección natural) también pareció reducir a Dios, cuando no extinguió por completo la fe en Su existencia, a una Causa Primera fría y lejana, e implícitamente repudiar Su providencia. ¿Qué espacio quedaba para que Él se preocupara por los gorriones?

Por último, la evolución parecía ser de alguna manera una ley general que gobierna no sólo la biología, sino [también] todo lo demás: la vida evoluciona, la historia evoluciona, la civilización evoluciona, la religión evoluciona. La religión es, quizás, después de todo simplemente un fenómeno natural como la música y el baile, una forma en que el hombre se expresa.

La crítica bíblica socavó la autoridad de la Biblia de una manera diferente. El desafío no fue tan directo pero fue igualmente devastador.

El misterio de la Encarnación de la Palabra de Dios en la forma literaria que llamamos la Biblia siempre ha planteado ciertos problemas, que a lo largo de los siglos los estudiosos han tratado de resolver. Pero el enfoque crítico característico de los tiempos modernos, y que comenzó en el siglo XVII, tiene esta cualidad especial: fue inspirado por, y ha recibido su impulso de, hombres intensamente hostiles a la religión o a la idea de la Revelación. Antes de que sus investigaciones comiencen, se han hecho tres suposiciones: Dios no tuvo nada que ver con la composición de la Biblia; los eventos sobrenaturales no ocurren y las descripciones de ellos son, por lo tanto, el producto de la imaginación; todos los pueblos del pasado eran de un orden de inteligencia inferior al

de los hombres y mujeres de los tiempos modernos, e incapaces de preservar los hechos históricos con precisión y fidelidad. Todo el movimiento se ha visto teñido por estos tres prejuicios, que parecen contagiarse rápidamente a cualquiera que se acerque a él.

El método crítico procede primero a cuestionar la fecha y la autoría de los libros de la Biblia y luego pasa a cuestionar la verdad de su contenido (aunque en la práctica las dudas sobre su verdad suelen ser lo primero, y las cuestiones de fechas y autorías se plantean más tarde).

A primera vista puede parecer que no importa mucho si los libros bíblicos fueron, de hecho, escritos cuando se supone que lo fueron, o por los autores a los que generalmente han sido atribuidos, siempre que todavía se crea que fueron inspirados por Dios y por lo tanto son verdaderos. Pero (dejando de lado el hecho de que el texto mismo a menudo se refiere a algunos de estos autores como habiéndolos compuesto), fueron precisamente las conclusiones a las que llegaron los críticos sobre fechas y autorías, y la forma en que las alcanzaron, las que llevaron a los hombres a dudar de los contenidos.

EL MAZO DE LA CRÍTICA

En su forma más extrema, la aplicación del método crítico fue como la aplicación de un mazo sobre un pavimento de mármol. El texto bíblico fue partido en pedazos. Estos fragmentos de diferentes orígenes, se sostuvo entonces, habían sido ensamblados para diferentes propósitos (a menudo deshonestos), no en los tiempos previamente supuestos sino mucho más tarde, dándoles títulos y autores espurios e incorporándolos en escritos propios, por grupos anónimos de editores o individuos que fueron los autores reales de los libros tal como los tenemos ahora. Los fragmentos mismos habían sido escritos quién sabe cuándo, por quién sabe quién, pero mucho después de los eventos que se suponía que debían registrar. Para empezar, se admitió que los fragmentos podrían haberse basado en documentos anteriores ahora perdidos. Pero pronto prevaleció la opinión mucho más común de que las tradiciones preservadas en ellos habían sido transmitidas oralmente durante siglos, y que estos recuerdos transmitidos oralmente habían sido constantemente agregados y alterados a lo largo del camino para adaptarlos a las circunstancias y creencias del momento.

Inevitablemente, no sólo los críticos llegaron pronto a la conclusión de que la Biblia debía de ser en gran parte una obra de ficción, sino también muchas otras personas. Entre otras cosas, la mente humana acepta fácilmente (con o sin razón) la idea de que cuanto más tiempo transcurre entre un evento y el momento en que es puesto por escrito, es menos probable que se registre con precisión.

(Tal como fue practicado por la mayoría de los críticos, este modo de tratar a la Sagrada Escritura tenía, y todavía tiene, aspectos de un frívolo juego de salón académico. Las teorías y opiniones se recogieron y dejaron caer como pelotas de tenis y cambiaron de década en década. El método también se aplicaba a la literatura secular. Homero fue desarmado en esta época y la autoría de sus epopeyas se dispersó entre una multitud de poetas anónimos que cubrían varios siglos. Hoy las piezas están siendo re-ensambladas, y autoridades como el profesor Lesky de Viena se inclinan por un solo Homero. Las obras de Shakespeare y *La Divina Comedia* indudablemente habrían sido desmembradas de la misma manera, si se hubiera sabido menos de sus autores).

Primero se dio el tratamiento crítico completo al Antiguo Testamento, y luego al Nuevo. En el trabajo de pulverizar y reducir el Nuevo Testamento a fragmentos, se destruyó la fe en la Resurrección.

Dado que el darwinismo y la crítica bíblica se consideraban parte de la ciencia moderna, todas o la mayoría de las conclusiones que acabamos de esbozar fueron aceptadas por los modernistas como verdaderas. Las consecuencias fueron muy importantes. Las bases para creer en una Revelación sobrenatural de Dios, cumplida en Cristo, registrada en la Escritura y custodiada por la Iglesia, habían desaparecido.

Persuadida de esto, una parte abandonó la Iglesia. La mayoría se quedó atrás, en apariencia al menos, "en la Iglesia" y empezó a construir para sí un refugio religioso de mala calidad a partir de las ruinas.

El intento los condujo a formular los dos principios que ahora conocemos.

SIN CERTEZA ACERCA DE DIOS

Dado que no puede haber certeza acerca de lo que Dios ha revelado, la fuente del conocimiento religioso es la "experiencia" interior. (Los primeros modernistas se inclinaron por enfatizar la experiencia individual; los de hoy prefieren la experiencia comunitaria).

En segundo lugar, las doctrinas —o al menos aquellas que los modernistas encontraron "difíciles" o, como ahora se diría, "carentes de credibilidad"— no deberían ser consideradas como declaraciones de hechos, sino como en cierto sentido "simbólicas". Faltaba determinar exactamente lo que simbolizaban.

Hebert fue uno de los primeros en hacer la exigencia más o menos abiertamente. Leroy lo siguió con su famoso artículo *Qu'est-ce-qu'un dogme* [Qué es un dogma] en 1905.

Fue en torno a estos dos puntos que la batalla entre el modernismo y la Iglesia se libró entonces, y que ahora recrudece; los modernistas exigiendo que se les permita interpretar la doctrina simbólicamente (es decir, no creerla) y dar el primer lugar a la experiencia religiosa, y la Iglesia (aunque no todos los eclesiásticos) resistiendo. Aquí estaba y sigue estando el tema central.

Una vez que, bajo el impacto del darwinismo y la crítica bíblica, se adoptaron las dos posiciones mencionadas más arriba, el modernismo estuvo en esencia allí. Otros aspectos del pensamiento moderno proporcionaron simplemente material de apoyo.

Sin embargo, debemos mirar estos otros temas, que no carecen de importancia. Ellos hicieron que este templo de creencias en vías de desvanecerse pareciera más estable.

LA FILOSOFÍA CONTEMPORÁNEA

Entre las filosofías en boga en los últimos 200 años, podemos ver tres tendencias claras: primero, un rechazo generalizado de la metafísica; luego, un sesgo creciente contra la idea de algo fijo y estable en la naturaleza, una preferencia por verla como un estado de cambio y flujo universal; finalmente, en la búsqueda del sentido de la vida y de la naturaleza de la realidad, un enfoque de la atención en el hombre y en lo que sucede dentro de él en lugar de fuera de él, acompañado de una degradación general de los poderes de su mente y de una correspondiente potenciación de su voluntad, sus instintos y sus pasiones.

El rechazo de la metafísica consistió en esto. Cuando miramos el mundo exterior a nosotros, se dijo, y pensamos que podemos detectar la presencia del diseño, de la ley de causa y efecto, o de la existencia en las cosas individuales de un principio informante o naturaleza que nos permite captar lo que ellas son esencialmente y agruparlas en clases y tipos, nos engañamos. Estas ideas que inferimos de lo que vemos no se corresponden con nada real fuera de nosotros. Son patrones impuestos a lo que vemos por nuestras mentes. Los fenómenos que nos presentan nuestros sentidos permanecen esencialmente incognoscibles.

Kant (fallecido en 1804), construyendo sobre las ideas de Locke, Berkeley y Hume, fue el principal filósofo responsable de hacer esta sorprendente adición al stock del error y la falta de sabiduría humana. Entre las conclusiones que se pueden sacar de ella, una era ineludible. Si el orden aparente en la naturaleza es puesto allí por nuestras mentes, nos equivocamos al pensar que nos demuestra la existencia de Dios.

Aunque era luterano, Kant contradijo lo que San Pablo había dicho claramente a la gente de Listra (sin mencionar mucho que se dice en otras partes de la Biblia); es decir, que Dios y Sus propósitos pueden ser conocidos por Sus obras. Kant estaba socavando los cimientos de la religión natural. Sus teorías sobre la mente (o más bien sobre su insuficiencia) también animaron a los hombres a juzgar las cuestiones filosóficas y religiosas por sus sentimientos.

La segunda tendencia, el amor por el flujo y el cambio —que en este siglo [XX] ha alcanzado las proporciones de una enfermedad mental internacional— tuvo una variedad de causas. Darwin no fue el único culpable, aunque le dio un fuerte empujón hacia adelante. Entre estas causas podemos aislar el mayor conocimiento de la historia y la biología, porque ambas se refieren al cambio en forma de crecimiento y decadencia, y al mayor conocimiento de otras civilizaciones, que sugirió la idea de que si las costumbres varían, todo lo demás puede ser una cuestión de gustos y opiniones, y

por lo tanto mutable. Aunque de alguna manera todo avanza, el universo se desarrolla sin responder a ningún diseño preexistente, ni a ninguna ley absoluta. Todo es posible.

Por la tercera tendencia —la degradación de la mente—, podemos, si nos place, culpar a Descartes. Sus ideas, que habían reinado durante un siglo y medio desde su muerte en 1650, parecían haber convertido a los hombres en mentes y nada más —mentes dentro de máquinas— y no mentes como la tuya y la mía, sino mentes estrictamente lógicas y matemáticas; claras, frías y desinteresadas. Después de un siglo y medio de deleitarse con esta visión de sí mismo, el hombre europeo se hartó de ella. La degradación de la mente, o de esa parte que se dedica al pensamiento especulativo y usa ideas abstractas, y la exaltación de la vida apasionada e instintiva, fueron parte de la revuelta romántica contra la imagen cartesiana del hombre. Conducido por los pensadores de su elección, el hombre europeo comenzó a divertirse en grande con el pensamiento de que él era un "hombre completo" —con cuerpo e instintos igualmente importantes que la mente o el alma. Eventualmente, él se divertirá en grande con el pensamiento de que él es principalmente sólo un cuerpo.

BARRICADAS EN EL CAMINO A LA FE EN DIOS

Estas tres tendencias también deberían, creo, ser vistas como conectadas con la expansión del ateísmo.

Cuando los hombres ya no crean en Dios, habrá un deseo creciente de no saber que Su existencia puede ser descubierta usando la mente: un deseo de bloquear el camino hacia la posibilidad de tal conocimiento.

Para los hombres que, además, piensan que tienen sólo una existencia breve aquí con sus posibilidades limitadas de goce, lo que es fijo —una naturaleza a la que hay que conformarse, una ley que debe ser obedecida— será ciertamente detestado. De ahí los elaborados y eruditos ataques de los moralistas de hoy contra el concepto de una ley natural. Incluso si los hombres con esta actitud mental no quieren inmediatamente hacer nada malo ellos mismos, no les gusta la idea de verse obstaculizados si el capricho se apoderara de ellos.

Por último, cuando los hombres están persuadidos de que sus mentes son inútiles como instrumentos para encontrar y conocer a Dios, van a abandonar la búsqueda o a confiar en sus instintos y sentimientos.

Entre 1890 y 1910, las corrientes filosóficas que he descrito fluyeron juntas en la entonces de moda evolución creativa o vitalismo de Bergson y el pragmatismo de William James —siendo el pragmatismo la filosofía de la máxima ventaja humana.

Para nuestros propósitos, lo importante de estas filosofías es la visión de la verdad que popularizaron.

La visión aceptada de la verdad, aplicada a una idea o afirmación, es que ésta describe o se corresponde con la realidad. ("Dime las cosas como son, hombre", es una forma popular y contundente de expresar el punto).

Según las nuevas concepciones, una idea era verdadera si (a) estaba viva, o (b) tenía lo que se consideraba resultados útiles o beneficiosos. Una idea está viva cuando mucha gente cree en ella, y es beneficiosa cuando les da satisfacción espiritual o los hace mejores o felices. Por lo tanto, la creencia en Moloch estuvo una vez viva, y en este sentido era "verdadera". Para los cananeos, cuando arrojaban a sus bebés en los hornos, la adoración a Moloch era, como la gente diría hoy, "significativa". Cuando ya no hubo más adoradores de Moloch, la idea estaba "muerta" y ya no era "verdadera". Las creencias cristianas son "verdaderas" porque hacen que las personas sean altruistas o actúan como un tranquilizante psicológico, una idea popularizada por el inmensamente influyente libro de James *Las variedades de la experiencia religiosa*.

No debemos subestimar el poder de esta última idea. Gana fácilmente la aceptación del Sr. Hombre Promedio, ya que, sin la fe y la gracia, la mayoría de los hombres se inclinarán a ser pragmatistas; se preocuparán más por los resultados que por la verdad. Ésta es la razón por la que hoy los "cristianos" modernistas de todas las denominaciones enfatizan la ortopraxis (la "acción correcta") a expensas de la ortodoxia (la fe verdadera), y por la que la ortopraxis (en el sentido de

acuerdo sobre lo que debe hacerse) es presentada como la base adecuada para la reunión cristiana, en lugar de la ortodoxia (el acuerdo sobre lo que Dios ha revelado).

¿QUÉ ES LA VERDAD?

En realidad, el significado de la palabra verdad había sido alterado. Los hombres que la usan de esta manera no están hablando de la verdad sino de la utilidad, aunque en su mayoría afirmarán que lo que consideran útil es también bueno y correcto.

Lo dicho antes es realmente la visión de la verdad de James. La de Bergson era levemente diferente: no se basaba en el principio de utilidad sino en su concepto de la realidad. La verdad siempre estaba cambiando porque la realidad siempre estaba cambiando. "La realidad", como él dijo, "siempre está en devenir". Esta idea abrió posibilidades diferentes y deliciosas. Dado que todo lo que ocurre es parte de la realidad en tanto ésta se hace a sí misma, más o menos cualquier cosa puede ser justificada. Tenemos aquí uno de los fundamentos de la ética de la situación. (No hace falta decir que, como sucede a menudo con los filósofos, ninguno de los dos era personalmente inmoral en la forma en que lo era su sistema).

Todas estas tendencias tuvieron su efecto en los católicos cultos, y la mayoría de los modernistas parecen haber sido dejado atónitos por ellas. Porque son nuevas, deben ser verdaderas, expresando la realidad en evolución en el punto más lejano de su avance.

Encontramos en la mayoría de los modernistas un odio a la metafísica rayano en la paranoia, que se desbordó sobre la persona y la filosofía de Santo Tomás, así como sobre Platón y "la mente griega": el mismo enamoramiento por el cambio, el crecimiento y el "dinamismo", y la misma repulsión por todo lo que se considera "estático", como si estos dos aspectos de la creación fueran enemigos y no pudieran vivir juntos como amigos en un solo universo; la misma aversión por la certeza religiosa, el mismo prejuicio contra el uso de la mente como fuente de conocimiento religioso y, sobre todo, del pensamiento abstracto en relación con la religión o las cuestiones filosóficas importantes que conducen a la religión.

Sin embargo, este prejuicio no se extendió al uso de la mente con fines científicos. En la ciencia debía haber exactitud y precisión; sólo en la religión debía haber incertidumbre y confusión.

Comenzó una agitación para que la Iglesia adaptara su enseñanza a la perspectiva de Bergson y James. Blondel y Leroy tomaron la iniciativa. Aunque es mucho menos conocido en los países de habla inglesa que Loisy o Tyrrel, Leroy fue, creo, mucho más importante, por razones que aparecerán en breve. Su "filosofía de la acción" fue una síntesis de la visión evolutiva de la realidad de Bergson y de la visión oportunista de la verdad de James.

He aquí un ejemplo de la forma en que él aplica sus principios filosóficos a la interpretación de los dogmas católicos. Los dogmas, argumenta en *Dogme et Critique* [Dogma y Crítica], no dan información: no son verdades para creer sino guías para la acción. La doctrina de las Tres Personas en la Trinidad, por ejemplo, no nos dice nada acerca de Dios, pero es una forma de decirnos que valoremos las relaciones personales. En otro pasaje, él usa el mismo principio de manera diferente, pero con un efecto aún más letal. Después de anunciar: "Creo sin restricción ni reserva que la Resurrección de Jesús es un hecho objetivamente real", se pone a rebajar gradualmente esta audaz profesión de fe y a retractarse de ella. La Resurrección, se nos dice, no tiene nada que ver con la "noción vulgar" de la "reanimación de un cadáver". Entonces, ¿cómo puede decir que es un hecho real? Por su *reinterpretación* del significado de la palabra real. Las cosas son reales (en realidad en este punto está hablando de las ideas) si se pueden poner en práctica sin romperse y si son "fértiles para la vida". La idea ilusoria de que Cristo resucitó de entre los muertos ha inspirado a generaciones de hombres a llevar vidas abnegadas: en este sentido es "real" y "un hecho".

Vale la pena reflexionar sobre este equívoco interesante, creo, porque proporciona el patrón para todos los equívocos que ahora nos rodean. También nos permite ver, con respecto a las "nuevas enseñanzas" de hoy, cuán viejas son por debajo de sus pelucas, colorete y sombra de ojos.

UNA AVALANCHA DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

Después de la filosofía, la historia y los estudios históricos para haber sido los que más hicieron para desgastar la fe. Dos factores tuvieron influencia.

El primero fue la acumulación de nuevo material histórico. Durante los 100 años previos había aumentado enormemente, y hacia fines del siglo [XIX] se había convertido en una avalancha.

Ahora bien, en cualquier tema la aparición repentina de una gran cantidad de información nueva y detallada a menudo tiene el efecto de provocar un aumento temporal de oscuridad e incompreensión en vez de luz. Como dice el refrán, "los hombres no pueden ver el bosque por los árboles". Algo como esto sucedió cuando los eruditos católicos aplicaron sus mentes para ordenar y evaluar la masa de nueva información sobre la historia de la Iglesia. El carácter sobrenatural de la Iglesia comenzó a oscurecerse mientras la miraban a través de una pantalla cada vez más gruesa de apariencias naturales y humanas. Así se apresuró el proceso que la falta de fe ya había comenzado y que terminaría con la Iglesia pareciendo no tener nada divino.

La otra influencia en este trabajo de erosión fue la escuela alemana de alta crítica.

EROSIONANDO EL SEMILLERO DE LA FE

La alta crítica fue en esencia simplemente un método nuevo y más riguroso de probar la confiabilidad de los documentos en los que se basa nuestro conocimiento del pasado y de reevaluar su valor (del tipo que ya se estaba aplicando a la Biblia). No había nada de malo en sí misma en esta reevaluación, como se aplicaba a la historia secular. Pero el movimiento en su conjunto tenía dos características objetables. Los documentos eran examinados de acuerdo con ciertas reglas; y se daba la impresión de que si estas reglas se aplicaban correctamente los resultados serían firmes e inmutables; los historiadores querían el grado de certeza disponible en las ciencias exactas, para las cuales este mayor nivel de precisión es posible sólo porque se ocupan de la esfera inferior de la materia. Pero las reglas de los expertos de la alta crítica no tenían el valor ni la certeza que les atribuían, como otros historiadores de la época, igualmente distinguidos, señalaron, y muchas evidencias valiosas sobre el pasado fueron impugnadas o descartadas como poco confiables cuando no lo eran.

La segunda característica objetable fue la extraordinaria arrogancia y seguridad en sí mismos de los practicantes de la alta crítica.

Sus principios fueron absorbidos por la mayoría de los historiadores católicos, quienes rápidamente adoptaron una actitud acriticamente iconoclasta hacia los documentos y reliquias de la Iglesia antigua, y comenzaron a exigir una completa libertad de la supervisión eclesiástica en la profesión de sus estudios. (Los católicos no pueden disfrutar de este tipo de independencia en ninguna de las denominadas ciencias humanas, más de lo que la pueden disfrutar acerca de la fe, porque ellas se ocupan de la naturaleza espiritual y las actividades espirituales de los hombres, que también son competencia de la Iglesia). Por medio de los practicantes de la alta crítica, ellos parecen haber sido influenciados también por una visión protestante de la historia de la Iglesia: que la verdadera naturaleza de la Iglesia se ha perdido, pero puede ser redescubierta o reconstruida mediante el estudio de los "documentos sobrevivientes", aunque cada vez menos de éstos eran encontrados satisfactorios; o bien por el historicismo, la idea de que la naturaleza y las creencias de la Iglesia son el producto de circunstancias históricas y cambian a medida que éstas cambian.

UN ESPÍRITU DE DESPRECIO

El espíritu de los expertos de la alta crítica posiblemente fue incluso más dañino que sus principios. Al igual que en la crítica bíblica, los pioneros eran en su mayoría protestantes o incrédulos y, como tales, no simpatizaban con la Iglesia. Con su inmensa erudición e imperio fueron capaces de vencer la resistencia de todos excepto los oponentes más duros. (A ellos les debemos ese despliegue de aparato crítico que ahora pesa sobre las obras académicas más insignificantes).

Intimidados e impresionados, un alto porcentaje de los académicos católicos comenzaron a imitar su tono y sus modales, así como a adquirir su actitud desdeñosa hacia gran parte de la vida devocional y el pasado de la Iglesia. Empezaron a sentir un placer casi jubiloso al fijarse en los

errores históricos o supuestos errores históricos de épocas anteriores (el disparate de los canonistas medievales al aceptar como genuinas las decretales del pseudo-Isidoro; la credulidad del pueblo católico al imaginar que Santo Domingo había recibido el Rosario de Nuestra Señora), y terminó dando la impresión de que la Iglesia es la Madre de las falsificaciones, mientras que sólo la buena ciencia moderna es la protectora y preservadora de la verdad. Hemos notado la influencia de este espíritu en Dollinger, Acton y Duchesne (quien, sin embargo, prefirió un estilo volteriano divertido); afectó más que superficialmente a los bolandistas y desfigura la [obra] *Vidas de los Santos* de Thurston y Butler. La historia católica puede ser escrita de manera honesta y realista sin ninguna de estas serviles adulaciones a grandes reputaciones. La verdad es que hay mucho en todo debate erudito que los académicos católicos no pueden imitar. Lo que podría funcionar para historiadores seculares que se pelean por los registros fiscales ptolemaicos —los comentarios sarcásticos, las notas ácidas al pie de página, el enfoque fríamente clínico— no servirá en lo que respecta a la religión. Los efectos sobre la fe y la reverencia de los propios eruditos fueron suficientemente dañinos. Cuando este espíritu comenzó a alcanzar a los no académicos y a penetrar en las notas al pie de la Biblia, las consecuencias fueron ruinosas. Los clérigos fueron los más afectados. Dio a muchos de ellos la idea de que el cinismo duro es el tono adecuado para hablar de las cosas santas en un sacerdote inteligente y bien informado. Creo que podemos rastrear hasta esta fuente gran parte de la barbarie y el vandalismo posconciliares y de ese declive de lo sagrado sobre el que escribe el Profesor James Hitchcock.

La religión comparada fue otro tema que se puso de moda en el período considerado y que los estudiosos católicos tuvieron que abordar. Ésta fue la época en la que *La rama dorada* de Frazer estaba empezando a expulsar a la Biblia de las mesas de luz de los hombres y mujeres cultos. Parece haber socavado no sólo la fe, sino también el sentido común.

El hecho de que se descubrió que todas las religiones tenían ciertas características comunes (la gente reza, o ayuna y da limosna, u ofrece sacrificios a seres invisibles) parece haber hecho más difícil para algunos de ellos creer que una religión, el cristianismo, podía ser única. Esto es como pensar que debido a que todas las casas tienen ciertas características en común, tales como ventanas y puertas, la Casa Blanca no tiene nada de especial. Los rasgos comunes son simplemente rastros de esas verdades religiosas naturales, cognoscibles por todos los hombres sin la Revelación, incluso si con frecuencia han sido distorsionadas o se han perdido de vista. Los estudiantes de religión comparada —y éste fue el destino de muchos de los primeros modernistas— también se deslizan fácilmente a considerar el residuo destilado de estas características comunes como la esencia de la religión y a terminar como devotos de algún tipo de monoteísmo ético mundial hacia el cual, consideran, la conciencia religiosa de la humanidad está evolucionando. Hay muchos apóstoles de esta "fe" hoy, trabajando bajo auspicios católicos y poniendo en peligro el diálogo con miembros de religiones no cristianas. Ellos simplemente están siguiendo adonde los primeros modernistas abrieron el camino.

DESTINADOS A SALVAR A LA IGLESIA

Al discutir los cinco temas anteriores —el darwinismo, los estudios bíblicos modernos, el pragmatismo y el relativismo filosófico, la alta crítica en la historia y la religión comparada— creo que he mencionado las principales tendencias intelectuales que contribuyeron a la creación del modernismo y le dieron los rasgos característicos de su primera aparición. En combinación, tendían a producir un agnosticismo honesto o un teísmo refinado y aguado bajo un barniz católico. Con ellos a menudo se manifestaba una curiosidad puramente natural sobre el misticismo, los estados de oración y los fenómenos psíquicos. En algunos aspectos, el modernismo temprano reflejó la decadencia de *fin de siècle* [fin de siglo] de la sociedad europea culta en su conjunto, que era a la vez racionalista y anti-racional, escéptica y supersticiosa al mismo tiempo, uniendo la incredulidad "científica" con un anhelo de experiencias espirituales de un tipo no particularmente espiritual.

¿Por qué, con las opiniones que sostenían, los modernistas no abandonaron la Iglesia?

Su psicología, a primera vista desconcertante, es sin embargo bastante común en la historia de la Iglesia.

Ellos se veían a sí mismos como una élite destinada a salvar a la Iglesia para sí misma. La chusma ordinaria de los católicos, que incluía al Papa (un santo canonizado al que a menudo se referían de manera bastante esnob como "el Papa campesino") y la mayoría de los cardenales y obispos podrían no entender sus elevados propósitos. Pero por su propio bien y el del mundo ellos deben ser persuadidos a hacerlo. La Iglesia sólo podía ser salvada si aceptaba, de una vez por todas, la tesis modernista de que sus enseñanzas eran mitos y símbolos —intentos torpes del sentido religioso de expresar lo inexpresable. Sólo así ella podría reconciliarse con la ciencia moderna. Pero esto no significaba que sus enseñanzas serían inútiles o que ella misma tendría que jubilarse. Los mitos como las parábolas pueden tener un efecto de mejora sobre el carácter, y ésta era la función que, en el futuro, la doctrina católica debía cumplir en las vidas de los fieles ordinarios.

Si la Iglesia aceptaba esta visión de su rol —como la esposa, podrías pensar que una esposa bastante abyectamente sumisa, de la ciencia y el pensamiento moderno— todavía tenía un gran futuro por delante; todavía podía ser la educadora moral de la humanidad. Pero si ella ignoraba las advertencias modernistas e insistía en que sus enseñanzas fueran tomadas literalmente, entonces ella y la ciencia moderna se encontrarían en un choque frontal y ella estaba condenada a sucumbir.

Para ser hombres muy educados y, en algunos casos, talentosos, los modernistas de ayer, como los de hoy, tenían una visión extrañamente ingenua de la ciencia —qué es y qué puede lograr: eran inesperadamente como escolares brillantes que han descubierto la ciencia, deletreada con una C mayúscula, por primera vez.

Podemos notar otra peculiaridad. Ellos eran totalmente diferentes de los curas escépticos del siglo anterior [XVIII], que parecen haberse contentado con su incredulidad mientras vivían cómodamente de los ingresos de la Iglesia. Para ellos, la religión era superstición y eso era todo. ¿Por qué hacer un escándalo? Pero el hombre de finales del siglo XIX era una criatura diferente; los vientos del romanticismo habían estado soplando sobre él. (Al menos esto podría decirse de una gran proporción de los hombres del siglo XIX). Había aprendido a apreciar los placeres de las emociones poderosas y los "anhelos inmortales", incluso cuando ya no creía más en la inmortalidad: también había aprendido a saborear sus angustias y sus ansiedades. La mayoría de los primeros modernistas eran más o menos de este carácter. Les gustaba la religión *per se*, independientemente de cuál religión, y casi, se podría decir, independientemente de si era verdadera o falsa. Les gustaba sentirse hombres religiosos, y también estar poderosamente comprometidos con la mejora espiritual del mundo y de otras personas. Muchos tenían sus raíces psicológicas en infancias católicas piadosas y felices, un factor que también proporciona la clave, creo, para comprender el rasgo que mencioné anteriormente —lo que la gente común podría llamar su forma hipócrita de escribir. Incluso cuando la fe había desaparecido, el lenguaje y el sentimiento religioso mantuvieron su encanto para ellos.

Todos ellos tenían en común un odio casi patológico hacia Roma porque ella bloqueaba sus esfuerzos para traer al hombre moderno esa nueva "fe cristiana" reinterpretada que él por fin encontraría aceptable. Roma era brutal, dura e ignorante. El resto de los fieles eran tontos, supersticiosos o miopes. Ellos mismos, en palabras de Mons. Mignot, eran *ames sinceres et inteligentes* [almas sinceras e inteligentes]. Desde su majestuosa visión de su rol, desarrollaron el principio práctico que hemos visto a Duchesne recomendar: quédate quieto; no te dejes expulsar; transforma la fe desde adentro.

[Vuelve a la Tabla de Contenidos](#)

Capítulo III. El neomodernismo: una plaga subterránea

Hacia 1900 las ideas modernistas se estaban extendiendo en el clero más culto y estaban penetrando en los seminarios. En todas partes los sacerdotes empezaron a tener crisis de fe. (La hija de Von Hugel había tenido antes, en 1897, una crisis de fe cuando su padre le había revelado sus dudas espirituales y sus esperanzas de un cambio de doctrina. El Padre Tyrrel había sido llamado para restaurar su mente). Se pusieron libros en el Índice [de libros prohibidos], se emitieron advertencias y se prohibieron revistas. Loisy, Tyrrel y algunos otros fueron excomulgados. Loisy, quien durante años había declarado su catolicismo, más tarde admitió que había comenzado a perder su fe alrededor de 1885.

Sin embargo, los que no fueron excomulgados continuaron impulsando sus ideas, a pesar de las censuras. En 1907 el Papa emitió el decreto *Lamentabili* y la encíclica *Pascendi*. Estos [documentos] enumeraron, analizaron y condenaron los errores modernistas. Después de 1910 se requirió que los sacerdotes hicieran un juramento anti-modernista especial. Se instruyó a los obispos para que se aseguraran de que nadie que enseñara en sus seminarios sostuviera puntos de vista modernistas.

San Pío X fue, y sigue siendo, atacado amargamente por estas medidas. Pero los pasos que tomó fueron proporcionales al peligro. Se hicieron necesarios en parte por lo que me temo que debemos llamar el carácter taimado de los modernistas, por su determinación de continuar haciéndose pasar por católicos cuando ya no lo eran, pero principalmente porque sus creencias golpeaban el corazón de la religión cristiana. ¿Quién puede culpar a un Papa por condenar ideas que llevaban a un sacerdote a negar que Cristo es Dios, que la Iglesia tiene autoridad para enseñar y gobernar en Su lugar, y que sus doctrinas son objetivamente verdaderas? No es necesario ser un experto de las Escrituras para saber lo que habrían dicho San Pedro y San Pablo.

Los fieles comunes que se opusieron al modernismo y contraatacaron también fueron atacados. Los escritores que simpatizan con el modernismo hablan de un Terror Blanco: aunque no hubo pérdidas de vidas. La verdad es que en cualquier conflicto serio algunas personas, incluso con la razón de su lado, van a actuar mal, o en el calor de la lucha darán golpes por debajo del cinturón. Pero cuando se han explicado todos los casos en los que los individuos se sobreexcitaron y lanzaron acusaciones al objetivo equivocado, o se aprovecharon de la crisis para dar rienda suelta a resentimientos mezquinos, las reacciones de los fieles son perfectamente inteligibles.

Tan pronto como se dieron cuenta de las nuevas enseñanzas, las reconocieron, como los católicos del siglo IV tan alabados por Newman, como una tentación mortal. Una tentación poderosa, en cualquiera que sea consciente de lo que es, provoca un rechazo contundente, y las tentaciones contra la fe deben ser tratadas con la misma firmeza que otras tentaciones. Cuando una mujer desnuda fue introducida en la habitación de Santo Tomás de Aquino en el castillo familiar donde él estaba cautivo, no se sentó, por motivos de caridad, a discutir con ella por qué estaba desvestida. La empujó afuera de la habitación y cerró de golpe la puerta. La posición de los modernistas era análoga a la de la mujer. Trataban de permanecer en la Iglesia sin usar el vestido nupcial de la fe. Para los católicos, su desnudez doctrinal era una incitación a la infidelidad, y fue por eso que [los modernistas] fueron rechazados enérgicamente.

SIGUIENDO RUTAS TORTUOSAS HACIA LA MENTE PÚBLICA

Después de 1910 el modernismo pasó a la clandestinidad durante 50 años. La mayoría de los involucrados en el drama se sometieron exteriormente; algunos, según sus cartas privadas, tomaron el juramento antimodernista con reservas mentales. La mayoría de los católicos imaginó que el modernismo se había extinguido. Dos guerras mundiales y los problemas económicos y políticos de los años veinte y treinta ayudaron a desviar la atención del movimiento y a reprimirlo: aparentemente había cosas más serias de las que preocuparse.

Pero aunque las ideas modernistas ya no se expresaron ni defendieron abiertamente, persistieron y continuaron ejerciendo influencia.

Laberthonnière murió recién en 1932. Aunque se le prohibió publicar, continuó escribiendo, y estos libros posteriores aparecieron tan pronto como él murió.

Leroy sobrevivió hasta 1954. Como profesor en el Colegio de Francia, con el prestigio de ese puesto, su influencia fue mayor. Siendo un laico, no se le prohibió publicar. Sus libros fueron simplemente censurados a medida que salían. Cada vez él se sometió, pero sin cambiar su rumbo; las mismas ideas serían desarrolladas en un libro siguiente. Las fórmulas oficiales, sostuvo, debían recibir sólo una sumisión oficial y ser interpretadas de modo que tengan un significado aceptable; él no estaba lidiando con una autoridad infalible. Pero su importancia para nosotros hoy radica en haber sido amigo cercano de Teilhard de Chardin. Él y el *Père* Teilhard, confesó, habían discutido juntos sus teorías tan a menudo que ya no podía distinguir cuáles eran las del *Père* Teilhard y cuáles las suyas. Como resultado, muchas de las ideas de Teilhard de Chardin fueron impresas mucho antes de la publicación de sus propias obras después de su muerte.

Los hombres jóvenes que, alrededor de 1910, en el punto culminante de la crisis, estaban formando sus mentes en los seminarios, aún tenían sólo un poco menos de setenta años al morir Pío XII en 1958. Aunque sólo un número relativamente pequeño perdió su fe, muchos emergieron con una confianza abollada en la certeza de algunas de las enseñanzas de la Iglesia, con una actitud reticente hacia el *Magisterium* o generalmente con sentimientos de inquietud e infelicidad.

Las memorias, apologías e historias del modernismo también aparecieron en gran número entre las dos guerras y ejercieron una influencia sobre los clérigos y laicos católicos más inquisitivos intelectualmente, ayudando a ampliar lo que se podría llamar la Iglesia del Descontento.

Sin embargo, la mayor parte de la literatura modernista producida entre 1910 y 1958 parece haber circulado entre el alto clero de forma mecanografiada o mimeografiada, y parece haber sido principalmente contra esto que en 1950 Pío XII dirigió su encíclica *Humani Generis, Sobre las falsas opiniones contra los fundamentos de la doctrina católica*, siendo Pierre Teilhard de Chardin una de las principales figuras a las que apunta, aunque no la única.

DE CHARDIN, HÉROE Y MÁRTIR

No pretendo demorarme en Teilhard de Chardin. Se ha escrito más que suficiente sobre él, y quiero evitar dar una imagen desequilibrada de su lugar dentro del modernismo. Su fama ha dado a mucha gente la impresión de que él y el modernismo son más o menos sinónimos —que sin él el modernismo no habría sobrevivido—, lo que ciertamente no es así. Por devastadoras que hayan sido sus ideas, ellas sólo representan una vertiente —la vertiente evolutiva— del modernismo.

Esta vertiente puede ser considerada la más importante, pero el modernismo en su totalidad, como hemos visto, es algo mucho mayor: el intento de sustituir la fe católica, no sólo por la selección natural y el surgimiento [espontáneo: Nota del Traductor] del hombre a partir del simio, sino por todo un espectro de teorías inaceptables.

Sin embargo, al escribir un esbozo histórico del modernismo y de su desarrollo, no puedo dejarlo afuera por completo. Me limitaré, por lo tanto, a lo que me parecen algunos puntos destacados sobre él como persona, sin entrar en un análisis de sus ideas.

Père Teilhard no tuvo ningún rol en el primer movimiento modernista y durante su vida fue un desconocido para el gran público. Pero desde 1922 —cuando un ensayo [suyo] sobre el pecado original, poniéndolo en cuestión, llegó accidentalmente a Roma— hasta su muerte en 1955, fue una persona de la que las máximas autoridades de la Iglesia estaban cada vez más conscientes y preocupadas. Aunque tenía prohibido enseñar y publicar, escribió prolíficamente, y lo que escribió fue leído por aquellos que importaban. Su vida activa se correspondió así con el período de la vida subterránea del modernismo, durante el cual él fue sin duda su figura más significativa. Pero no era un líder ni un organizador, y en este momento fue importante principalmente, creo, como un símbolo. Al estar preparado, como Loisy y Tyrrel, para decir con menos circunspección lo que a otros les habría gustado decir si hubieran podido hacerlo sin dañar sus reputaciones, él se convirtió para el modernismo en una mezcla de héroe y mártir —que resultó no haber sido asesinado y, a pesar del descontento oficial, vivió una vida cómoda e interesante— y un foco para las esperanzas modernistas. Lo que se esperaba entre otras cosas que su reivindicación, si es que llegaba alguna

vez, representara, era la muerte y el entierro de una vez por todas de Adán y Eva, y con ellos del pecado original y el castigo eterno —"las doctrinas crueles", como vinieron a ser llamadas.

Ahora que es posible verlo en perspectiva, creo que hay tres cosas que llaman la atención (aparte de su pérdida de la fe): cuán falto de originalidad era en realidad; cuán tosco espiritualmente; y, de la manera grandiosa en que sólo un sabio engañado puede serlo, ¡cuán densamente estúpido!

Esto puede parecer un juicio extremo sobre un hombre que ha sido aplaudido por tantas personas muy cultas, pero creo que puede ser justificado.

EL HOMBRE Y SU INCREDULIDAD

Un ligero conocimiento del modernismo muestra que muchas de las ideas más típicas de de Chardin —por ejemplo su panpsiquismo (la noción de que incluso en las piedras y las sustancias químicas hay una presencia rudimentaria de "espíritu") y su negativa a permitir cualquier distinción entre un orden natural y un orden sobrenatural— ya eran monedas de intercambio ideológico cuando él entró en escena. La mayor parte del resto de su sistema es sólo una religión de progreso evolutivo disfrazada con lenguaje y conceptos tomados a préstamo, después de adaptaciones adecuadas, de la doctrina católica de la Encarnación y el Cuerpo Místico.

Si la gente desconoce las otras cualidades que he mencionado es en parte, me imagino, porque sólo ha leído sus libros más "presentables", donde su pensamiento está hasta cierto punto velado.

Los que podrían ser llamados los "escritos peligrosos" —esas cartas y ensayos confidenciales que han hecho su aparición más lentamente, a menudo aparentemente en contra de los deseos de sus amigos, y que dan una impresión diferente del hombre y de su mente, son menos conocidos.

Sólo en éstos descubrimos hasta qué punto él idolatraba el poder y la astucia: que consideraba la invasión de Abisinia [Etiopía] por Mussolini como el triunfo de la civilización sobre el salvajismo; que tuvo palabras favorables para Hitler y el fascismo mientras ellos iban ganando ("el idealismo constructivo, por más distorsionado que estuviera" estaba de su lado); que pensaba que la quinta columna alemana era una fuerza para el bien (después de todo, ¿no era él mismo un quintacolumnista dentro de la Iglesia?); que después de la derrota de Alemania el comunismo comenzó a recibir su aprobación, representando éste ahora la ola del futuro. Por las mismas fuentes nos enteramos de que creía en la existencia de razas superiores e inferiores y tenía una opinión generalmente baja de los africanos negros. (A pesar de ser excelentes especímenes físicos, ¿estaban completamente "hominizados", es decir eran humanos? Probablemente estaban condenados a extinguirse). "El progreso implica una fuerza insaciable", escribe, "que insiste en la destrucción de todo lo que ha sobrevivido a su tiempo".

Creo que sería difícil decir algo más estúpido y tosco que eso. Nos parece estar escuchando a un magnate de los negocios particularmente despiadado que planea cerrar una fábrica improductiva, despedir a la fuerza laboral y explotar un nuevo mercado.

Estos aspectos de su pensamiento, aunque bastante apropiados en un discípulo consistente de Darwin, por supuesto han sido mitigados porque son dañinos para su reputación como cristiano y como progresista.

SINCERO PERO EQUIVOCADO Y OBSTINADO

Pero si no era ni original ni muy inteligente, ¿cómo hemos de explicar su éxito? Como un gran negocio, él debe estar en la misma categoría que la industria de las estrellas del *pop*.

Pienso que debemos admitir que, fuera lo que fuera lo que le faltaba, tenía capacidad literaria e imaginación. Fueron éstas las que le permitieron dar a sus feas banalidades la apariencia de una visión mística. A través de la neblina, la gente no está muy segura de lo que se les muestra —aunque los católicos deberían estarlo.

En segundo lugar, él realmente creía en su sistema, y al manipular ideas, por muy equivocadas que estén, la convicción y la tenacidad, de las que tenía en abundancia, son a menudo lo que más cuenta.

También parece haber tenido en un grado inusual ese poder difícil de definir —similar al encanto sin serlo— para atraer discípulos y fascinar a sus amigos. Esto no es fácil de entender ahora: la

personalidad que ha salido a luz es tan poco simpática, por no decir tan repelente. Pero es simplemente un hecho. Explica, creo, por qué escritores como el P. Henri de Lubac, que debía conocerlo mejor, dedicó tanto tiempo a reforzar su reputación y a blanquear sus manchas.

Pero pienso que su éxito se debe principalmente al hecho de que sus libros llevaban un mensaje que muchos anhelaban oír. Cayeron sobre un mundo de creyentes cuya fe había estado cediendo durante varias generaciones bajo los martillazos del materialismo "científico". (El materialismo científico no es diferente del mero materialismo. Es simplemente materialismo apuntalado con argumentos extraídos de las ciencias naturales). Al menos Darwin (visto popularmente, aunque de un modo no del todo exacto, como el símbolo de ese materialismo científico), así lo supusieron estos creyentes ansiosos, había sido reconciliado de alguna manera misteriosa con Cristo. Se había hecho que la evolución pareciera religiosa y la religión pareciera científica. Ellos no vieron que mediante el *Père* Teilhard, Cristo había sido sacrificado a Darwin.

Todo esto sin duda también explica la protección de la que él gozó, y de la que más de una vez se jactó, por parte de hombres que ocupaban altos cargos en la Iglesia, tanto dentro como fuera de la orden de los jesuitas. En vista de lo que [ella] sabía, y de lo que él estaba diciendo, la Roma "brutal" fue sorprendentemente indulgente con él. Evidentemente sus amigos y protectores pudieron persuadir a las autoridades de que, incluso si tenían un hereje en sus manos, el hereje era un genio mundial y debían aferrarse a él a toda costa. Sólo más tarde alguien se dio cuenta de que el genio mundial era sólo Nostradamus de nuevo, pero esta vez con un cuello romano y leyendo los fósiles en lugar de las estrellas.

La gran influencia del *Père* Teilhard, por supuesto, sólo empezó después de su muerte, cuando sus amigos comenzaron a publicar sus manuscritos, y los católicos, ignorando las advertencias, a leerlos. Pero aquí lo dejaré por el momento y volveré al modernismo en general.

A pesar de la influencia de hombres como Leroy y Teilhard, sería un error atribuir la continuidad del modernismo a algunos individuos aislados o sobrevivientes de su primera fase.

El modernismo persistió durante los años '20 y '30 porque persistieron las causas que lo habían llevado primero a la existencia: intelectuales católicos débiles en la fe —y también, estoy seguro, insuficientemente apoyados por las oraciones de sus compañeros católicos— tratando infructuosamente de lidiar con los problemas que presenta el pensamiento moderno: tratando de trazar un mapa de la jungla y extraviándose gradualmente en ella.

Hacia los años '40 era en esencia lo mismo, pero había recibido algunas adiciones y adornos importantes. Aspectos del pensamiento moderno que en 1910 habían quedado en segundo plano se habían adelantado a posiciones más destacadas. [Algunos] católicos también se habían hecho amigos de ellos.

Además de entusiastas del darwinismo, la crítica bíblica e histórica, el pragmatismo filosófico y la religión comparada, ahora había clérigos ansiosos por incorporar a la fe católica, enteros y en gran parte sin examinar, los principios de la psicología freudiana, el existencialismo, la sociología, la teoría marxista y la liberal-democrática, y todo un conjunto de otros temas e ideologías.

Son éstos los que han dado al modernismo de hoy su apariencia general ligeramente diferente y los que justifican que se le llame neomodernismo. Estamos mirando a la misma mujer con un nuevo peinado, algunas joyas extra y una expresión más dura en su rostro.

Para completar nuestra comprensión del modernismo, ahora debemos echar un vistazo también a estos [temas] para ver qué nociones derivadas de ellos se estaban teniendo en cuenta.

Comenzaré con dos ideas generales: progreso y libertad. Ninguna de las dos, por supuesto, está relacionada con ninguna rama particular del saber, pero, como el *Père* Teilhard, son demasiado importantes para ignorarlas. En cualquier consideración del neomodernismo ellas deberían estar en el centro del escenario.

EL NUEVO MENSAJE DE SALVACIÓN

El progreso merece ser considerado, a pesar de que escribí bastante sobre él en un artículo anterior [falta la referencia]. Como el *Père* Teilhard, en un estudio general de la formación del modernismo, el progreso es demasiado importante para dejarlo de lado.

La fe en el progreso como una fuerza de alguna manera inmanente en la naturaleza y que la impulsa hacia un estado de perfección, un paraíso terrenal, es, como sabemos, el nuevo mensaje de salvación, que ha ido creciendo en poder e influencia desde que fue predicado por primera vez hace 250 años —con la libertad, la igualdad y la fraternidad reemplazando a la fe, la esperanza y la caridad como los tres requisitos absolutamente necesarios para la bienaventuranza. En una de sus ramas o en todas, marxista, humanista secular o liberal utópica, es el principal rival religioso de la Iglesia, cuyas enseñanzas ella tiene que tener en cuenta y con las que se enfrenta a cada paso.

Desde 1900, a medida que cristianos de todo tipo, con rapidez creciente, se han apartado de su religión y se han unido a los que creen en algún tipo de religión del progreso, la influencia de la religión del progreso sobre los cristianos restantes se ha vuelto proporcionalmente mayor. Su poder también parece crecer con la prosperidad.

Hacia los años '50 cada vez más clérigos occidentalizados sentían claramente sus atractivos. Así como la religión del progreso es el corazón del pensamiento moderno, así también, cuando se quite la tapa del caldero, se encontrará que la religión del progreso es el corazón del neomodernismo —y será predicada por eclesiásticos enfurecidos como "teología de la liberación" y por los sosegados y respetables como "promoción humana" y "hacer un mundo apropiado para que los humanos vivan en él".

Lo que la Iglesia quiere decir con expresiones como éstas es algo bastante diferente. Aunque debemos comprometernos de todo corazón en todas las buenas obras y hacer de ello lo mejor que podamos, dice el Concilio, "la forma de este mundo, distorsionada por el pecado, está desapareciendo" (*Gaudium et Spes*, N° 39).

Todas las referencias ambiguas a la "esperanza" y la "salvación" que abundarán en el catecismo venidero [Nota del Traductor: no se refiere al *Catecismo de la Iglesia Católica*], tendrán en mente el paraíso terrenal, no el celestial.

Entre 1956 y la apertura del Concilio los corazones de muchos obispos y sacerdotes, así como de laicos, se volvieron aún más decididamente en esta dirección al leer atentamente los libros del *Père Teilhard* *El fenómeno humano*, *El medio divino* y *El himno del universo*, y al usarlos como su lectura espiritual. Los dos primeros fueron los libros para los que el *Père Teilhard*, en vida, trató con mayor esfuerzo de conseguir el permiso de publicación, y en los que adaptó sus ideas para hacerlas lo menos inaceptables posible para los censores eclesiásticos. Ellos convirtieron a un gran número de clérigos influyentes a su "cristianismo" semi-pagano y semi-materialista.

BIENAVENTURADOS LOS EXITOSOS

En la versión del *Père Teilhard* de la religión del progreso, la realidad y los efectos de la Caída son negados o ignorados. El mal moral ha sido más o menos abolido, al igual que la necesidad de la gracia. El pecado y el mal han sido más o menos identificados con el dolor y el sufrimiento (las consecuencias del pecado) o con cualquier otra cosa que limite y oprima a los hombres: todo lo cual los hombres con su ingenio deben abolir. (Los hombres han reemplazado ahora a Dios en la dirección de la evolución y son responsables de su desarrollo ulterior). La causa del pecado y el mal no es la iniquidad en el corazón humano o la rebelión contra Dios; ni la muerte es un castigo por el pecado. Todas estas cosas se deben a los accidentes estadísticamente inevitables de la evolución (que Dios es incapaz de impedir) o a la falta de cooperación de los hombres con ella. La cosmovisión cristiana predicada durante 2.000 años, comenzando con los Apóstoles, y prefigurada en la cosmovisión judía, está completamente equivocada. No somos una raza caída, sino una ascendente. Este mundo no es sustancialmente un "valle de lágrimas", un paraíso dañado. El propósito de la vida no es ante todo la santificación personal a través del servicio de Dios y del prójimo en medio de pruebas y tribulaciones en la esperanza de una recompensa eterna. Somos la fuerza laboral en un negocio de contratación en auge. La tarea de los cristianos es dominar la naturaleza y transformar el mundo en un suburbio jardín bien organizado lleno de ciudadanos sanos, felices (¿e inmortales?), que el Señor, cuando vuelva, encontrará humanamente apto para habitar. Entonces Él se hará cargo de esta propiedad deseable. Aparentemente no habrá un Juicio, que sería una afrenta a la dignidad humana. (El fin de la historia, sin embargo, es ambiguo. Cuando el *Père*

Teilhard habla de nuestro Señor como la culminación de la historia humana o la cumbre del proceso evolutivo —su punto Omega— uno nunca puede estar seguro de si él cree en una Segunda Venida o incluso que nuestro Señor todavía existe y es Dios. El nombre Cristo en este contexto a menudo parece ser simplemente una palabra simbólica para la futura raza de superhombres que él espera con ansia. Lo mismo puede decirse de muchos de sus seguidores). En ningún momento se reconoce ningún conflicto entre la santidad y el éxito mundano: se asume que la "emancipación económica y social" produce automáticamente la virtud; la santidad y la prosperidad son vistas como avanzando de la mano. "Bienaventurados los ocupantes del Hotel Ritz". Estamos tratando con una religión para profesionales exitosos.

Estas ideas ingenuas y, en cristianos, asombrosas, fueron expresadas claramente en el Concilio por un arzobispo filipino, y ahora son predicadas total o parcialmente con franqueza embarazosa por figuras públicas como el arzobispo Hurley de Durban (véase el discurso del arzobispo a un congreso médico en Bombay reimpresso en el *Tablet* de Londres el 20 de mayo, el 27 de mayo y el 3 de junio de 1978).

BIENAVENTURADOS LOS LIBERADOS

Paso ahora a **la libertad**; el *summum bonum* [sumo bien] para los liberales auténticos. Yo diría que en los lugares donde las necesidades básicas están satisfechas, la igualdad y la fraternidad están, como objetos de deseo, muy en segundo lugar. Habiendo estado ahora en el aire durante varios siglos, la libertad como el ideal supremo es ahora el aire para las civilizaciones occidentales, su oxígeno indispensable.

Pero esta libertad está, en aspectos importantes, en desacuerdo con el concepto cristiano de libertad, la libertad de los hijos de Dios. Es comprensible que todos los hombres valoren su libertad como una posesión muy preciada. Pero para los cristianos el objetivo más alto no es la libertad: es la búsqueda de la verdad y el bien, y la libertad sólo es valiosa en la medida en que sirve a ese fin. Como ingredientes de la felicidad, la amistad de Dios y una conciencia recta están infinitamente por encima de ella. Si estamos abusando de nuestra libertad para peligro de nuestra salvación, es una bendición que [nuestra libertad] sea recortada. Por eso la pobreza y el sufrimiento son llamados estados bienaventurados. En ningún otro sentido lo son. En el Cielo todos seremos ricos.

El culto occidental a la libertad, por mucho que alguna vez tuviera en él de bueno y razonable, ahora está más cerca de la pasión cuasi-neurótica por el camino propio y el resentimiento por la moderación de los adolescentes frenéticos y los niños malcriados, que consideran a toda autoridad como un mal y la subordinación como una afrenta. Uno no puede evitar pensar que Eric Fromm debería haber escrito un estudio complementario a su famoso *El miedo a la libertad* y llamarlo *El aborrecimiento de la autoridad*. Es también una enfermedad occidental y parece que puede conducir a la pérdida de las libertades que tenemos.

Durante los últimos 50 años, la idea no cristiana de la libertad se ha filtrado en cada vez más corazones católicos, y para muchos miembros de la intelectualidad católica se ha convertido claramente en el bien supremo, más precioso, más necesitado de protección y preservación que la fe misma. Ahora domina todo su pensamiento, y en verdad es a menudo el único tema de su pensamiento. Como idea, es quizás ésta más que cualquier otra cosa la que ha vaciado las casas religiosas, secularizado la vida de los seminarios y producido el caos doctrinal. Las autoridades eclesiásticas de casi todo tipo están, al parecer, tan aterrorizadas de desafiarla, tan aparentemente inseguras de lo que tiene de objetable, que la mayoría se siente impotente cuando ella hace sus demandas.

Tanto la religión del progreso como el culto a la libertad son componentes mucho más importantes del neomodernismo que del modernismo temprano. En ese primer drama ellos sólo tenían un papel secundario.

Sin embargo, dejando estas nociones generales que viven en las autopistas públicas de la vida moderna, volveremos en la próxima entrega a los estudios y bibliotecas de los eruditos y veremos al recién llegado más importante allí: el existencialismo.

[Vuelve a la Tabla de Contenidos](#)

Capítulo IV. El existencialismo —el intruso feo

Las filosofías que eran modernas en 1910 y a las que se le había dicho a la Iglesia que ella debía adaptarse ya no eran tan modernas en 1940. Varios recién llegados habían hecho su aparición. Pero el existencialismo alcanzó rápidamente el primer lugar.

Es casi imposible exagerar la importancia de esta filosofía, que ha transformado el pensamiento religioso en todas partes —dentro y fuera de la Iglesia Católica. Si la forma de la fe cristiana te pareció clara una vez, pero ahora parece borrosa y sin sustancia; si tu sacerdote te habla de la fe cristiana, las situaciones de vida, el compromiso, el encuentro o las experiencias significativas, sin que estés seguro de si él cree en la Encarnación y la Resurrección, en el más allá o incluso en Dios, el existencialismo es en gran parte responsable.

Esta filosofía, que fue armada en Alemania en los años '20 y '30 del siglo XX, principalmente por Martin Heidegger (1889-1976), con contribuciones de Karl Jaspers (1883-1969) y algunos tecnicismos filosóficos tomados del austriaco Edmund Husserl (1859-1938), representa las mismas tendencias filosóficas que mencioné anteriormente en esta serie de artículos, pero con algunas diferencias. Se lo podría llamar un primo del vitalismo y el pragmatismo de Bergson y James; no un descendiente directo, sino un miembro de la misma familia filosófica. La ocupación alemana de París lo popularizó en Francia, y después de 1945 fue presentado al mundo en general por Sartre, Camus, Samuel Beckett y una gran cantidad de otros escritores exitosos. Hacia 1950 puede haber habido pocos intelectuales católicos que se respetaran a sí mismos, ortodoxos y heterodoxos, que no hubieran sumergido sus mentes en esta turbia primavera.

Aunque algunos de sus devotos lo han puesto recientemente al servicio del comunismo, en realidad es el último grito desesperado por la libertad, dado que el intelectualismo occidental se siente succionado para siempre, así lo teme, por la omnipotente sociedad colectiva. También es la culminación de la revuelta romántica contra la imagen del hombre de Descartes como sólo una mente como de computadora, y contra la objetividad en el pensamiento religioso y filosófico. Los existencialistas, como sus predecesores, dan por sentado el supuesto de Kant de que la realidad exterior a nosotros es esencialmente incognoscible. Sólo a través de la autoconciencia tenemos contacto directo con la naturaleza interior de lo real. La realidad, por lo tanto, sólo puede ser entendida analizando nuestros sentimientos internos y estados de conciencia. Éstos, en cierto sentido, constituyen la realidad.

En el trasfondo del existencialismo están los escritos de dos pensadores que en los años '20 habían muerto hacía mucho: Kierkegaard (fallecido en 1855), un luterano danés talentoso pero muy excéntrico; y Nietzsche (fallecido en 1900), el también talentoso pero desequilibrado ateo alemán que eventualmente perdió la cordura.

Kierkegaard es un pensador eminentemente subjetivo y su visión de la realidad, la religión y la naturaleza humana se deriva de la experiencia de su conversión —había perdido sus creencias en la universidad y las recuperó cuando tenía unos 25 años— y de sus reacciones neuróticas a ciertos episodios relacionados con su padre y su prometida; su padre había maldecido a Dios una vez, y el hijo pensó que compartía su culpa.

UN ESTADO DE IGNORANCIA

La visión de Kierkegaard de su conversión y de los fundamentos de la fe es extremadamente protestante. La fe es un acto ciego, básicamente irracional —un salto en la oscuridad. Un hombre "se compromete" con Cristo sin tener ninguna razón para hacerlo; es impulsado a dar el salto por lo que ha experimentado emocionalmente de antemano. El vacío de la vida sin Dios y la conciencia de su propia nada lo han llevado del pavor, a través de de la angustia, a la desesperación. El dolor y el terror de la desesperación lo empujan a saltar más allá de sí mismo, y al hacerlo él "encuentra" a Dios.

(Es verdad que Dios a veces usa la infelicidad para hacernos pensar en Él. Pero eso es diferente. Pensar, bajo la atracción de la gracia, conduce al conocimiento (y al amor), no a saltar de un acantilado).

Incluso después de su conversión, sin embargo, el cristiano de Kierkegaard continúa viviendo en un estado de angustia y pavor parcial porque diariamente se enfrenta a la necesidad de tomar decisiones sin tener forma de saber lo que Dios requiere de él. Él tiene total libertad y total responsabilidad por sus actos, pero ninguna guía sobre lo que estará bien o mal en circunstancias determinadas, o cuáles serán las consecuencias de sus actos.

Al igual que los otros filósofos que hemos considerado, también Kierkegaard sentía una aversión apasionada por la metafísica y por la objetividad en la filosofía, y su trabajo estaba lleno de diatribas contra ambas. Él sentía una aversión similar por la doctrina y por los principios morales universalmente aplicables en la religión. La forma en que las cosas se ven para el individuo, la forma en que las siente o las experimenta, es el criterio de verdad, que es así diferente para cada uno. En cuanto a la elección moral, cada una de estas decisiones debe regirse por la situación en la que debe tomarse. Debemos tomar nuestro coraje en nuestras manos, dice Kierkegaard, sin saber si el resultado será la salvación o la condenación.

Los fuertes sentimientos y la brillantez intelectual de Kierkegaard, el hecho de que sus escritos contienen mucho de verdadero y psicológicamente penetrante, de que proporcionan argumentos útiles contra el racionalismo crudo y el materialismo de lo que se llama "la perspectiva científica", y de que él estaba tratando de hacer que sus contemporáneos se dieran cuenta de que creer en Cristo y seguir a Cristo debería ser una cuestión de convicción profunda más que de conformidad social, lamentablemente han llevado a los pensadores más influyentes de la actualidad en el campo religioso a ignorar sus profundos errores. Creo que el elemento de melodrama en su enfoque religioso también ha sido una atracción. Ha sido en gran parte responsable de la forma dolorosamente pretenciosa de hablar y de escribir —la notable falta de modestia con la que la gente habla de sí misma como cristianos solidarios, cristianos comprometidos, cristianos angustiados— que es en la actualidad un rasgo tan característico del panorama religioso.

Los escritos de Kierkegaard tuvieron poco impacto fuera de Dinamarca hasta aproximadamente 1918, cuando fueron traducidos por primera vez al alemán. A partir de entonces, sin embargo, su influencia sobre la intelectualidad europea, religiosa e irreligiosa, fue tremenda —alcanzando incluso a España, donde Unamuno y Ortega y Gasset lo recogieron. Fue leído por sí mismo, no sólo como un libro fuente de la nueva filosofía, y de esta manera directa modificó profundamente casi todas las formas del protestantismo europeo.

Suficiente sobre Kierkegaard. El mensaje de Nietzsche fue diferente. Los hombres occidentales, así dice el mensaje, saben "que Dios ha muerto", es decir que no existe. Pero ellos se esconden del hecho, o más bien de sus consecuencias lógicas. Se debe hacer que ellos las enfrenten. El hombre es totalmente libre. Ninguna ley lo ata. Puede hacer cualquier cosa. Por lo tanto, debe atreverse y lograrlo.

(De este aspecto del pensamiento de Nietzsche, Bonhoeffer, el pastor alemán condenado a muerte por los nazis, tomó sus ideas de que los hombres modernos "han alcanzado la mayoría de edad", son incapaces de entender lo sobrenatural o lo sagrado y han asumido el rol que antes se atribuía a la Providencia, y que los cristianos ahora deben vivir y actuar como si Dios no existiera —en otras palabras, lo que se llama "cristianismo secularizado").

Las ideas principales de Kierkegaard y Nietzsche juntas proporcionaron las bases sobre las que Heidegger y otros construyeron el existencialismo.

TODOS EQUIVOCADOS EXCEPTO HEIDEGGER

Heidegger fue un ex-seminarista católico que apostató y fue profesor de filosofía primero en Marburgo (1923) y luego en Friburgo (1929-1945), y se vio obligado a retirarse en el último año debido a sus conexiones con los nazis. Él creyó, y afirmó públicamente, que desde Platón en adelante todo el enfoque de la filosofía había sido erróneo. Todos los filósofos, hasta él mismo, habían entendido mal la naturaleza de los problemas y cómo resolverlos; él había encontrado el método correcto e iba a poner a la filosofía en el camino correcto por primera vez. Como Karl Marx, él encontró que sus ambiciones eran mayores que sus capacidades. Nunca pudo terminar su obra principal (*Sein und Zeit* [Ser y Tiempo], 1927), que iba a establecer sus afirmaciones.

En el existencialismo, la mente no sólo es destronada; es, de hecho, abolida. Usarla para pensar de la manera normal distinguiendo un objeto de otro (un gato de un ratón, y la cola del ratón del cuerpo del ratón), o los objetos del mundo exterior de los pensamientos en la mente propia (el objeto del sujeto) es tratado como si fuera un pecado. Este tipo de pensamiento normal —aunque claramente fue diseñado para nosotros por Dios, y ha estado en uso desde la creación de Adán— supuestamente fue introducido por el perverso "intelectualismo griego", y se dice que falsifica la realidad, que no consiste en criaturas separadas con naturalezas distintas, sino que es concebida como un continuo líquido como la melaza o la sopa. Hacer afirmaciones sobre la naturaleza de Dios, por ejemplo, como lo hizo Nuestro Señor —diciendo que Él es un Padre, o que el Hijo existió desde toda la eternidad— debería estar prohibido porque convierten a Dios en un "objeto", y Dios no puede ser considerado como un objeto en medio de una variedad de otros objetos (incluso si somos indiscutiblemente objetos para Dios).

Para comprender la realidad, debe haber un abandono total del yo a la experiencia, un sumergirse uno mismo en la melaza o la sopa (siendo el yo parte de la sopa, aunque posiblemente la sopa, o la experiencia de estar en la sopa, es sólo una extensión del yo —las visiones difieren y no siempre son claras). A esto se le llama "apertura" o "apertura al Ser" y es una de las virtudes existencialistas. Por supuesto, hay muchas experiencias en la vida a las que no deberíamos estar "abiertos".

En la filosofía posterior de Heidegger, el intento de comprender la vida y la realidad de esta manera —mediante la inmersión del yo en la experiencia o el Ser— se asemeja a las prácticas místicas orientales. Influenciado por el poeta alemán Rilke, él ha desarrollado un misticismo ateo de la naturaleza. En lugar de pensar, el filósofo, a través de su "apertura" pasiva, busca la comunión con el Uno —o el Todo.

La falacia en la raíz de todo pensamiento existencialista, como mencioné en otro artículo, es la idea de que la "experiencia" puede ser un camino hacia el conocimiento por sí misma, separada del uso de la mente, y en cierto sentido en rivalidad con él. En realidad, la experiencia es simplemente la materia de la que se deriva el conocimiento. A menos que analicemos o pensemos acerca de lo que hemos experimentado (lo que necesariamente involucra el uso de ideas y proposiciones abstractas), nuestras experiencias no nos dirán nada o nos engañarán. La forma en que nos sentimos acerca de las cosas no es necesariamente la forma en que ellas son.

El existencialismo también asume, junto con Kierkegaard, que todos experimentamos la realidad de manera diferente; cada uno tiene su propia versión de la "verdad". Por eso, a cada uno se le debe permitir "hacer lo suyo"; todo lo que encuentre "significativo" o "relevante". La palabra "significativo" en el habla existencialista no significa verdadero, correcto o inteligible, sino lo que da satisfacción al individuo.

DE QUÉ SE TRATA LA VIDA

De hecho, como era de esperar, Heidegger y los existencialistas, habiendo destronado a la mente (aunque, como sus predecesores, sólo para la filosofía y la religión) y exaltado la "experiencia", luego proceden a usar sus mentes de la manera normal (empleando ideas abstractas y términos como el resto de nosotros) a fin de llevar a cabo su análisis de los estados de ánimo humanos, los estados de conciencia y lo que se considera la situación vital básica del hombre, y de construir su imagen de lo que un ser humano es esencialmente y de qué se trata la vida.

Es en realidad una imagen de cómo parece la vida, después de leer demasiado a Kierkegaard y Nietzsche, a un ateo infeliz y lleno de culpa.

El hombre se encuentra "arrojado al mundo" sin saber cómo ni por qué está allí y sin una forma real de averiguarlo. Sus estados básicos son los de Preocupación (él está condenado a preocuparse por tareas mundanas sin sentido) y el Miedo (como Kierkegaard, él tiene que tomar decisiones constantemente, pero cada situación es diferente y no hay reglas que lo guíen. Al mismo tiempo es responsable de las consecuencias más remotas de sus actos más pequeños). Por lo tanto él se mueve por la vida, obsesionado por la huida del tiempo, agobiado por la culpa, tratando de alcanzar la "auto-comprensión" a través de la experiencia de su "situación presente" y "proyectándose hacia el futuro" mientras se esfuerza por "realizar sus posibilidades", hasta llegar a la muerte, la última de

sus "posibilidades", que le pondrá fin a él. Como su situación actual nunca es la misma hoy que la que fue ayer, él siempre tiene que cambiar su comprensión de las cosas y comenzar de nuevo. No es sorprendente que el existencialista decida que la vida no tiene sentido y es absurda.

La literatura existencialista está llena de conversaciones bastante pretenciosas sobre la muerte — como si su existencia fuera un descubrimiento reciente. Hay muchas quejas y fingimientos sobre la trágica situación en la que el carácter ineludible de la muerte pone a un hombre, y sobre su angustia al encontrarse allí. El hombre existencialista está enojado y no poco apenado por sí mismo porque no puede tener dos cosas a la vez, el ateísmo y la inmortalidad. Incluso teólogos "católicos", que se supone que creen en el Cielo, hablan de la muerte como si fuera una indignidad lúgubre.

En todas estas ideas vemos las raíces de la revelación continua. Imitando al existencialista, el cristiano neomodernista busca realizar sus posibilidades y comprender su existencia siempre cambiante y sus necesidades espirituales y materiales a la luz de su "situación presente" también siempre cambiante. A través de la revelación continua Dios envía mensajes sobre cómo hacerlo. Los mensajes de Dios son recibidos internamente a través de la "experiencia religiosa" y externamente a través de las circunstancias del momento. No ha habido otra revelación.

Lo anterior es el aspecto del existencialismo que enfatiza la experiencia y el estado de ánimo, y describe la condición humana. Es principalmente la contribución de Heidegger.

PASANDO POR EXPERIENCIAS SUCESIVAS

El otro aspecto trata de lo que los hombres y las mujeres son específicamente, su naturaleza esencial, y enfatiza su nada, su voluntad y su libertad. Sobre este tema, Sartre es el que habla más fuerte.

Cuando los existencialistas hablan de la nada, no están describiendo lo que los cristianos quieren decir cuando hablan metafóricamente de la "nada" del hombre ante Dios. Ellos lo dicen literalmente. En relación con nosotros mismos, es una idea difícil de entender. ¿Cómo los hombres pueden existir y no existir al mismo tiempo? Sin embargo, ésta es otra parte vital del mensaje existencialista.

Los hombres y las mujeres no son seres que tienen una realidad sustancial y duradera desde el momento del nacimiento, o más bien de la concepción, en adelante. El hombre es un no-ser que logra, o semi-logra, ser de un tipo transitorio pasando por sus experiencias sucesivas. Es como una voluta de vapor —capaz de absorber la "experiencia"— que se ha materializado (inexplicablemente) en un vacío. La existencia de un hombre, como dice el famoso pronunciamiento existencialista, precede a su esencia. Pero, de hecho, el hombre existencialista nunca tiene una esencia. Lo que él es esencialmente sólo puede calcularse en la muerte cuando sus unidades acumuladas de existencia o experiencia son sumadas —presumiblemente por sus amigos después de su funeral— y luego él ya no *es*, en ningún sentido.

Sin embargo, para los existencialistas de línea dura del tipo sartriano, y más recientemente del tipo "cristiano", la mera recepción pasiva de la experiencia no confiere existencia verdadera. Un hombre sólo existe en un sentido real si realiza continuamente actos de voluntad libres y conscientes.

Quizás podamos entender lo que se dice aquí volviendo a la imagen de la realidad como una melaza o sopa extendida. La voluntad humana es representada como un remolino de energía que hace un agujero o espacio en la melaza o sopa del Ser. El hombre es este espacio vacío creado en el continuo de la realidad por el torbellino de su libre albedrío. Si él deja de ejercer su libre albedrío, el agujero se cierra y su existencia es tragada por la melaza. Él es, esencialmente, un libre albedrío y nada más.

Estas nociones pueden parecerle abstrusas y ridículas, pero dejan claro por qué las personas ahora "se vuelven" personas, en lugar de ser personas. Tú te conviertes en una persona en la medida en que eres capaz de actuar conscientemente, tomar decisiones y realizar tus posibilidades. Si, debido a la pobreza, la pérdida de las facultades corporales o mentales o su falta de desarrollo, te falta alguna de estas cosas, tú dejas de ser una persona y puedes ser tratado como corresponde.

Las nociones abstrusas tienen una forma de producir consecuencias públicas de gran alcance.

Cuando estas ideas se traducen a términos "cristianos", las personas no son cristianas como resultado de su fe y su Bautismo; están en un estado de "convertirse" perpetuamente en cristianos (pero quizás nunca serlo realmente) mediante la participación en actividades "cristianas" —una perspectiva que (involuntariamente) fomenta un nuevo fariseísmo, ya que estos cristianos existencialistas sólo pueden "probar" su cristianismo a sí mismos y a los demás por medio de buenas obras conspicuas sobre las que es necesario llamar la atención. Tenemos aquí otra razón por la que en el "cristianismo" modernista la actividad es muy importante y el conocimiento y la fe tienen un descuento.

En este punto de la filosofía, hay un cambio de clave de menor a mayor y el *tempo* se vuelve más vigoroso.

El sentido común debe de haber sugerido eventualmente a los padres guardianes del existencialismo que pocos hombres van a prestar atención durante mucho tiempo a un sistema de pensamiento que sostiene que la vida no tiene sentido. Por lo tanto, empezaron a salir a la palestra algunas ideas más positivas.

VIDA AUTÉNTICA Y COMPROMISO

Confrontado con su existencia absurda y sin sentido, que será extinguida por la muerte, el hombre tiene dos opciones.

Puede vivir de manera "inauténtica". Esto significa esconderse de la verdad, el hecho de que la vida no tiene sentido, y aceptar las normas y valores de la multitud: así él escapa a la desdicha interior y la desesperación que resultan de una evaluación honesta de los hechos.

O puede tomar el camino heroico y vivir de manera "auténtica", como lo hacen los héroes de las novelas de Camus. Vivir de manera auténtica significa afrontar la verdad, la futilidad de la vida y, temporalmente al menos, someterse a la desesperación que es la consecuencia necesaria, pero que, si no conduce al suicidio, eventualmente lo purificará. La desesperación lo sacará de sí mismo y lo alejará de las "trivialidades". Por ella se verá impulsado a comprometerse con una vida de elecciones dramáticas o con una causa particular. Como vimos, sólo el uso de la voluntad puede hacer que un hombre sea verdaderamente.

Es por eso que el Sr. Hombre Promedio, que se supone que va a la deriva por la vida sin comprometerse con nada en particular (excepto quizás mantener a su familia, educar a sus hijos en el servicio de Dios y cumplir tranquilamente los deberes de su estado), es mirado con tanto desprecio por los fieles existencialistas. Estos semi-seres o no-seres son, para los existencialistas, como los réprobos en el sistema calvinista, destinados a la condenación, o los burgueses en el sistema marxista, destinados al paredón de fusilamiento. Sin embargo, como la muerte aniquila lo "bueno" y lo "malo" por igual, el Sr. Hombre Promedio quizás haya seguido el camino más sabio.

Pero, ¿con qué debe comprometerse un hombre?

Teóricamente, no debería importar. Dado que la vida es una cadena de "sucesos" ininteligibles y sin sentido, la jardinería, la colección de sellos, la agricultura o derrocar al Estado deberían estar todos en el mismo nivel. Sólo la elección y la actividad del hombre dan a la experiencia de vivir cualquier significado efímero y artificial que pueda decirse que tiene. El hombre puede hacer que lo bueno sea malo y lo malo sea bueno. Él, no Dios, es el autor del significado, la "verdad" y el valor.

En la práctica, sin embargo, parece haber un consenso generalizado entre los existencialistas en que un hombre debería comprometerse con una u otra variante de esa empresa familiar de "transformar el mundo" o construir el paraíso terrenal. Él tiene ahora un plan para "realizar sus posibilidades" y "hacer su futuro".

La historia del pensamiento humano está llena de alianzas extrañas y una de las más sorprendentes es ésta, que ha puesto al servicio del colectivismo político a la que es quizás la filosofía más radicalmente individualista jamás inventada. Sartre y otros existencialistas franceses de izquierda como Merleau-Ponty han sido los principales negociadores matrimoniales.

¿Cómo llega el existencialista a esta decisión?

"Ellos (los existencialistas)", dijo Pío XII en su encíclica *Humani Generis - Sobre las falsas opiniones contra los fundamentos de la doctrina católica*, "atribuyen a nuestra naturaleza apetitiva una especie de facultad intuitiva, de modo que un hombre que no puede decidir cuál es la respuesta verdadera a algún problema intelectual sólo necesita recurrir a su voluntad: la voluntad" —guiada únicamente, al parecer, por sus apetitos, y sin referencia a la mente— "hace una elección libre entre dos alternativas intelectuales. ¡Una extraña confusión", prosigue el Papa, "entre las esferas del pensamiento y la voluntad!" [Cf. *Humani Generis*, numeral 26 en la versión española; y numeral 33 en la versión inglesa].

SILBANDO EN LA OSCURIDAD

Para estimular a los hombres a no desanimarse una vez que han tomado la decisión y se han lanzado a transformar el mundo, y para impedir que recaigan en el nihilismo, para el que el existencialismo los ha preparado lógicamente, aquí el filósofo Ernst Bloch presentó atentamente su "filosofía de la esperanza", que ha sido introducida en círculos cristianos por Jürgen Moltmann. Es por eso que tú posiblemente hayas oído mucho sobre la esperanza desde el púlpito recientemente. Pero esta "esperanza" existencialista sin sentido no es la Esperanza cristiana —la confianza en la providencia de Dios y la esperanza de la felicidad eterna con Él. Es el hombre existencialista asustado que silba en la oscuridad cuando piensa que posiblemente las fuerzas que el hombre moderno ha desatado van a ser demasiado [grandes] para que él las controle, y que él reventará el mundo antes de poder construir el único paraíso que va a existir.

Al comprometerse con una actividad, elevándose así de la existencia inauténtica a la auténtica, un hombre se "trasciende" a sí mismo, y al hacerlo se encuentra con "el otro", con quien puede entablar una relación o "diálogo" "significativo". Él "se abre" a los demás; es "un hombre para los demás": se pone a su disposición. En la medida en que estas ideas tienen valor, son una manera grandiosa de decir que el altruismo es algo bueno. ¡Cuán a menudo, cuando se estudia el existencialismo, uno se siente tentado a definirlo como una fantasía interrumpida ocasionalmente por lugares comunes!

De esta forma, el hombre existencialista sale del solitario mundo privado de su experiencia personal. El "otro" suele ser el hombre, pero en el caso de Jaspers y sus seguidores podría ser Dios, quien, sin embargo, rara vez es llamado Dios; las expresiones preferidas son "la Trascendencia" o "el Ser Trascendente". El diálogo es principalmente un intercambio de experiencias. Puede generar sentimientos de compañerismo y llevar a decisiones conjuntas en asuntos prácticos. Pero nunca es una discusión de ideas emprendida con la esperanza de llegar a un acuerdo sobre una verdad seria, ya que eso sería imposible. Como hemos visto, los mundos de nuestras experiencias personales no son los mismos. Por su naturaleza, el existencialismo es el enemigo de la unidad humana, porque rechaza las precondiciones para ella: una naturaleza común y un entendimiento común de las cosas.

Hasta aquí he considerado principalmente el existencialismo ateo de Heidegger y Sartre y el existencialismo agnóstico de Jaspers. Pero antes de terminar con el tema, debemos mirar brevemente una corriente filosófica ligeramente diferente que ha estado fluyendo simultáneamente hacia la piscina existencialista. Ésta es el existencialismo teísta derivado del pensador judío Martin Buber (1878-1965), y los cuasi-existencialistas católicos franceses Gabriel Marcel (1889-1973) y Emmanuel Mounier (1905-1950).

UNA MIRADA AL EXISTENCIALISMO TEÍSTA

Todos han sido influenciados en su pensamiento por Kierkegaard y el existencialismo en general, pero rechazan sus formulaciones ateas, pesimistas y excesivamente individualistas. La persona humana y la comunidad humana son los sujetos de preocupación y los polos alrededor de los cuales gira su pensamiento.

Yo y Tú de Martin Buber es el libro fuente importante de esta corriente.

Aunque no es intrínsecamente dañino como el existencialismo que hemos estado discutiendo hasta ahora, esta marca personalista y comunitaria (que ha tenido la mayor influencia en Francia —

la influencia de Heidegger ha estado principalmente en países de cultura alemana), es, debido a sus fundamentos generalmente vacilantes y subjetivos, fácilmente convertida en propósitos indeseables. (Todas las filosofías que toman como punto de partida al hombre y su vida interior en lugar de la creación como un todo probablemente terminen teniendo como su principio determinante los deseos del hombre en vez de las intenciones y designios del Creador expresados visiblemente en las cosas a través de sus naturalezas).

Parte de la enseñanza de este tipo de existencialismo es bastante simple. Debemos recordar que las otras personas son seres humanos, no cosas. Cada ser humano es único y precioso. No debemos permitir que las funciones sociales de las personas traguen nuestra conciencia de lo que ellas son verdaderamente: un mecánico de garaje o un empleado de banco es más que sólo eso. Debemos superar nuestro egocentrismo; no somos unidades aisladas sino miembros de la sociedad. Ser es más importante que poseer.

Tal es, por ejemplo, el tema central del mensaje de Marcel; él también filosofa de manera interesante sobre temas particulares como la fidelidad y la amistad.

Nadie peleará con todo esto, aunque no sea una noticia. Incluso se lo puede enfatizar con ventaja. Es lo que hizo que el existencialismo fuera sabroso, e incluso atractivo, para una parte del clero europeo ansioso por revivir la vida parroquial.

Sin embargo, este *personalismo* francés también tiene cosas más expresamente existencialistas que decir, además de, creo, tender a fomentar un sentimentalismo rousseauiano sobre las personas y los problemas humanos en general.

Volvemos a encontrarnos con la idea de que las personas no son completamente humanas para empezar, sino que se vuelven humanas. Esta vez hay una nueva condición para la existencia genuina. Es dudoso que se pueda decir correctamente que una persona por sí sola existe, dado que existimos plenamente sólo cuando "trascendemos nuestro egocentrismo", estamos "abiertos a los demás" y nos comprometemos a "vivir para los demás". Lo que hace que una persona sea persona, se nos dice, es su compromiso. Entonces, para que exista un "yo" debe haber un "tú" para que lo encuentre, se comunique con él y pueda ponerse a su servicio. Robinson Crusoe en su isla era apenas humano hasta que apareció el hombre Viernes. Marcel resumió su pensamiento así: "Persona —compromiso —comunidad —realidad".

Éstas son algunas de las razones por las que el cristiano existencialista es, primero y sobre todo, un "hombre para los demás", no un hombre para Dios ni un siervo de Dios. En la medida en que se encuentra a Dios, lo es principalmente a través del encuentro con otras personas y compartiendo sus proyectos.

Si bien teóricamente, en este tipo de existencialismo, la persona humana es el centro de atención, en la práctica se tiende a dar a las relaciones entre las personas mayor importancia y un mayor grado de realidad, y [estas relaciones] tienden a ser vistas como bienes y fines en sí mismas. Cuando Crusoe y Viernes se encontraron, su "encuentro" fue el elemento realmente precioso de la situación, siendo ellos mismos significativos sólo como los polos entre los cuales el encuentro tuvo lugar y que lo hicieron posible.

Las comunidades, al ser una red de relaciones, reciben un valor y un grado de realidad aún mayores. Fácilmente se convierte a la comunidad en objeto de adoración, y al fomento del crecimiento de la "comunidad" en la única obra apostólica realmente necesaria. Uno puede ser total y finalmente humano, se sugiere, sólo cuando está consciente y continuamente comprometido en actividades comunitarias. Una comunidad, simplemente por ser tal, es vista como titular de un poder sanador y santificante. En la comunidad tiene lugar la "reconciliación": los atribulados son tranquilizados psicológicamente, y los divididos aprenden a vivir juntos, olvidando sus desacuerdos. Cómo es la comunidad o qué piensan y hacen sus miembros se convierte en una consideración secundaria —si es que se considera en absoluto.

De hecho, como todos sabemos, hay relaciones y encuentros en la vida que deberían ser evitados y comunidades de las que hay que separarse (como Lot de Sodoma y Elías de los sacerdotes de Baal). Además, al vivir para los demás (es decir, querer y trabajar por su bien), a menudo tenemos que decirles "no"; estar cerrados, no "abiertos", a sus deseos y anhelos.

PUDRIR LAS RAÍCES

Si bien es verdad que siempre necesitamos la presencia de Alguien Más, el "Tú" Supremo, para existir, y que siempre estamos en una relación de al menos uno a Uno, Dios es un "Yo" que no necesita ningún "tú" para existir, y por más deliciosa y necesaria que sea la compañía humana, no es la fuente de la que derivamos nuestro ser, y se puede, y ocasionalmente se debe, prescindir de ella. A veces necesitamos estar menos con los demás a fin de ser más nosotros mismos. Quizás deberíamos añadir también que los egoístas son tan seres humanos como los altruistas; entonces ellos son seres humanos malos, no seres semi-humanos.

Sin duda Buber y Marcel habrían hecho la mayoría de estas distinciones, pero millones de sus seguidores rara vez las hacen. Y muchas de las distorsiones de su pensamiento parecen derivarse lógicamente de él, o ser el resultado de su centro de gravedad mal ubicado. Para Mounier, la importancia que le dio a la comunidad lo llevó a poner un halo alrededor del socialismo y eventualmente él se convirtió en uno de los padres del marxismo "cristiano".

La verdad es que no es siempre por sus errores positivos que las filosofías hacen daño. Todas las filosofías contienen granos o elementos de verdad, y se puede hacer mucho daño manejándolos mal; haciendo que lo que es una parte parezca ser el todo, o moviendo al centro lo que pertenece a un lado.

El existencialismo tiene muchas otras cosas interesantes que decir. Pero éstas son las únicas para las que tengo espacio aquí.

Quizás debería disculparme por haberme demorado tanto en él. Sin embargo, si entiendes el existencialismo, entenderás por qué en tantos corazones las creencias cristianas se están pudriendo en la raíz. Para el pensamiento inteligible de todo tipo, y la fe católica en particular, [el existencialismo] es como un solvente poderoso. Creo que no es difícil ver cuánto del neomodernismo fluye directamente de él.

ENTRA EN ESCENA KARL RAHNER

Tal es el sistema de ideas, o la visión de la vida, principalmente en su forma heideggeriana, que el teólogo alemán P. Karl Rahner y sus seguidores han estado tratando de empujar y arrastrar hasta su lugar para que pueda convertirse en la base filosófica para la enseñanza y la predicación de la fe católica y la formación de sacerdotes católicos. Ha de reemplazar no sólo la filosofía de Santo Tomás, sino todas las categorías naturales del pensamiento filosófico —descritas peyorativamente como "esencialismo". Para que la empresa parezca más presentable, el modelo particular de existencialismo del P. Rahner es llamado "tomismo trascendental". Lo que están haciendo es mover la fe desde una base filosófica de hormigón a un lecho de arena y barro.

El P. Rahner, que estudió con Heidegger, había sido su admirador y discípulo de toda la vida, y fue uno de los principales teólogos cuyas ideas fueron censuradas por Pío XII en la *Humani Generis*. Sin embargo, después de 1960, principalmente gracias a los esfuerzos de ciertos obispos alemanes, las autoridades de Roma fueron persuadidas de dejarlo en libertad. Sus partidarios lo representaron como un nuevo Santo Tomás de Aquino, que está repitiendo en el siglo XX lo que Santo Tomás logró en el siglo XIII. Santo Tomás reconcilió la fe con el pensamiento de Aristóteles; el P. Rahner, afirmaron, la está reconciliando con el pensamiento de Heidegger. Heidegger es supuestamente el nuevo Aristóteles. Quizás el comentario sea superfluo.

(Si se ha de trazar algún paralelo, uno real sería entre el P. Rahner y Malebranche. En el siglo XVII, el sacerdote oratoriano francés Malebranche trató de casar indisolublemente la fe católica con el racionalismo de Descartes. Ahora casi todos están de acuerdo en que sus esfuerzos fueron desastrosos —incluso los "nuevos teólogos". Cuando [éstos] se quejan de que antes del Concilio la presentación de la filosofía en los seminarios era demasiado abstracta, en la medida en que no objetan el hecho de que era ortodoxa, objetan los resultados de la influencia de Malebranche).

A TRAVÉS DE LA ÉLITE SOFISTICADA

A diferencia del *Père* Teilhard de Chardin, el P. Rahner no tiene una reputación popular extendida ni muchos seguidores. Entre otras cosas, él es mucho más difícil de leer, además de ser mucho más cauteloso en la forma en que presenta sus ideas. No obstante, su prestigio entre los intelectualmente sofisticados en la Iglesia es inmenso (ha sido ayudado por una campaña de adulación y construcción de fama al estilo de la Avenida Madison), y a través de ellos su influencia ha alcanzado a los fieles menos sofisticados. Él es la única figura hasta el momento en el neomodernismo de importancia comparable a Teilhard de Chardin. Ha estado haciendo por el existencialismo lo que *Père* Teilhard ha hecho por la religión del progreso evolutivo. Sería difícil decir cuál de estos dos hombres es responsable del mayor daño. Es la introducción de la terminología y las categorías de pensamiento existencialistas lo que ha habilitado a los revolucionarios teológicos a hacer que parezca como si toda la doctrina católica se estuviera disolviendo en una niebla de duda, y a persuadir a la gente de que sus innovaciones son "desarrollos de la doctrina" en lugar de las herejías que son en realidad. Para suavizar la resistencia de los clérigos, se les dice que el existencialismo es la filosofía del hombre moderno, que el hombre moderno no se separará de él, y que a menos que se permita al hombre moderno traer consigo el existencialismo a la Iglesia, él no será convertido.

Nada podría ser menos verdadero. Al clero simplemente le han mentido. Muy pocos hombres modernos saben conscientemente algo sobre el existencialismo; y aún menos lo sabían antes del Concilio. La mayoría de los filósofos angloamericanos han sido hostiles a él, considerándolo como una palabrería sin sentido romántica y continental (no viene al caso si con justicia o no); es ajeno a la mente científica —uno encuentra pocos científicos familiarizados con él o interesados en él; en cuanto a los hombres modernos en general, si no son creyentes de algún tipo, entonces en la medida en que filosóficamente sean alguna cosa, es probable que la mayoría sean racionalistas o materialistas al viejo estilo.

COLGANDO PREGUNTAS DE DUDA

El P. Rahner, sin embargo, es más que el campeón de un sistema filosófico dudoso. Usando el existencialismo como base, él ha desempeñado un papel activo en la destrucción de la fe católica, funcionando como la artillería pesada de la revolución. Él avanza lentamente, manteniéndose bien detrás de las líneas, y dispara sobre las cabezas de las tropas que avanzan (los Padres Küng, Schillebeeckx, Häring, Schoonenberg *et al.*) para debilitar de antemano las posiciones dogmáticas que están a punto de asaltar. Rara vez él mismo ataca directamente una doctrina. Su método es sembrar dudas sobre ella en la mente planteando una pregunta.

¿Es posible, por ejemplo, que ya no podamos entender la definición calcedoniana de la Divinidad de nuestro Señor? ¿O que los sacramentos deban su origen a los hombres más que a Dios (el hombre los erige como "un hito")? ¿O que el Papa pudiera convertirse a sí mismo en un monarca constitucional? ¿O que el oficio de obispo pudiera ser ocupado por un comité de clérigos? ¿O que la herejía sea ahora una imposibilidad —los católicos pueden permanecer de buena fe en la Iglesia sin creer más en lo que ella enseña? ¿O que todos los que están comprometidos con "construir el futuro", incluidos los ateos, sean de alguna manera miembros de la Iglesia?

Habiendo formulado la pregunta, se mueve engorrosamente alrededor de ella, la mira cuidadosamente como si presentara dificultades insolubles, luego retrocede, se chupa el dedo índice y se pregunta. Por fin, cuando él ha dado la impresión de que la respuesta debe ser "sí" y que la Iglesia tendrá que aceptar cualquiera de estas opiniones heterodoxas que él está impulsando, se retira detrás de una cortina de humo de calificaciones y afirmaciones de ortodoxia, dejando las preguntas aún colgadas en el aire, y las dudas fijadas como púas en las mentes de sus lectores. Los 13 volúmenes de sus *Escritos de Teología* [Nota del Traductor: hasta 1984, año de la muerte de K. Rahner, se publicaron 16 volúmenes de sus *Escritos de Teología*] son los libros que han sembrado la mayoría de estas dudas. Pero en el momento en que estoy escribiendo [1979], él no era muy conocido fuera de un círculo restringido. La fama, con su aliento mortal, aún no había tocado al pobre hombre.

INMORALISMO CATÓLICO

El existencialismo, como se verá fácilmente, está en el corazón de la revolución tanto moral como doctrinal. No sólo destruye el marco metafísico de la realidad por el cual la mente asciende a Dios, reduciendo todo a una niebla y un flujo donde Él está perdido. Proporciona la justificación de la ética de situación (cada situación exige una respuesta diferente) y la teoría de la opción fundamental (sólo hay un pecado grave —no estar "comprometido con Cristo" o no ser "un hombre para los demás").

En este campo, otra figura fatídica, el P. Bernard Häring, abre el camino con su nuevo inmoralismo "católico".

Se afirma que el P. Häring ha vuelto a poner "la persona de Cristo" en el centro de la teología moral. Lo que realmente ha puesto allí es el hombre existencialista, quien, después de "encontrarse con Cristo" y "comprometerse con Cristo en el amor", es supuestamente libre de decidir por sí mismo, según surjan las circunstancias, lo que la ley de Cristo permite —el pecado mortal, si él así lo desea. .

Con el existencialismo como ácido, el P. Häring está disolviendo la teología moral católica de la manera en que el P. Rahner está disolviendo la teología dogmática.

Tal ha sido hasta ahora, diría yo, la influencia del existencialismo en la fe y la mente católica. Las incursiones sustantivas y destructivas, destinadas a destronar al alma como el centro de preocupación del hombre, fueron facilitadas por la filosofía del existencialismo y la ciencia de la psicología en rápida maduración.

EL ALMA Y LA PSICOLOGÍA

Bajo el impacto de la "nueva" psicología, con el apoyo del existencialismo, la enseñanza católica sobre el alma —que es una realidad sustancial que da unidad y forma al cuerpo y continúa existiendo incluso cuando sus facultades están dormidas o impedidas de trabajar por daños físicos o por enfermedad— comenzó a ser cuestionada o rechazada por un gran número de clérigos lectores de libros eruditos.

Las influencias transformadoras en este campo han sido principalmente Pavlov y Freud —y, supongo que hay que añadir con tristeza, el *Informe Kinsey*, que desde principios de los años '50 muchos sacerdotes parecen haber usado como su manual para la ciencia del alma.

No se puede decir que las ideas de Pavlov, Freud o sus seguidores, por sí mismas, destruyeron la fe en el alma. La existencia del alma es negada por razones distintas a las puramente intelectuales. Pero la nueva psicología adjuntó el prestigio de la ciencia a la incredulidad en el alma, cuya inexistencia podría ser concebida ahora como un hecho probado experimentalmente de algún modo.

El conductismo derivado de Pavlov es en realidad sólo la vieja y vulgar noción de que el hombre es sólo un cuerpo y su cuerpo una máquina; lo que se pensaba que eran sus facultades espirituales son sólo reflejos nerviosos y musculares. Los hombres occidentales han tenido que escuchar algo como esto desde que La Mettrie popularizó la idea en *L'Homme Machine* [El hombre máquina] hace más de 200 años (1747). Pero las ideas conductistas ahora han influido profundamente en la teoría educativa "católica", considerándose a la educación como condicionar reflejos o programar la computadora, en lugar de alimentar la mente con la verdad y entrenar la voluntad en la virtud.

La presentación de Freud de la actividad psíquica es más compleja y sutil sin ser menos materialista. El hombre es un centro o fuente de energías psíquicas que el cuerpo genera de algún modo en la forma en que suda. Más importante aún, como sabemos muy bien, se dice que todas estas energías son de origen sexual. Aunque la "personalidad" humana se construye dirigiendo la mayor parte de estas energías a otros canales por medio del miedo y la desaprobación, de modo que formen una costra o caparazón de "personalidad" alrededor de las energías aún no dirigidas y que fluyen libremente de la libido, su naturaleza fundamental no cambia.

SIN ALMA Y SIN PECADO

De todo esto los hombres han concluido lógicamente que, si las energías básicas del hombre son sexuales, él es esencialmente un animal sexual. Por lo tanto la felicidad debe residir en liberar estas energías, y la desdicha, así como el daño a la salud, resultan de controlarlas o restringirlas. Esta conclusión es ahora, como sabemos, otro principio aceptado tanto por los nuevos teólogos morales como por los educadores.

Los existencialistas han hecho una contribución en esta área. Siendo las actividades sexuales una de las "posibilidades" del hombre, él se vuelve más persona cuanto más se entrega a ellas. Es por esto que el famoso programa "católico" de educación sexual en Estados Unidos se llama *Becoming A Person* [Convertirse en una persona]. Por su parte, los psiquiatras apoyan a los existencialistas en su preocupación por las "relaciones", ya que una característica de muchos de los psicológicamente enfermos con los que tratan es no poder llevarse bien con la gente. Es por la misma razón que oímos tanto sobre la necesidad de "madurez". Una debilidad de quienes tienen una afición por la psicología es ver a todos como necesitados de una visita a la clínica psiquiátrica.

El rechazo de la creencia en el alma sobre la base de que entra en conflicto con los hallazgos de la psicología moderna (así como con los principios del existencialismo y la investigación bíblica más reciente —el concepto del alma fue una invención griega) y el materialismo implícito en todo esto es, creo, la adición reciente más importante al modernismo.

La psicología contemporánea también, no hace falta decirlo, ha ayudado a debilitar o demoler la creencia en la realidad del pecado. Esto lo ha hecho en gran parte porque no proporciona ninguna base teórica para reconocer la distinción entre el carácter (lo que hacemos de nosotros mismos) y el temperamento (las cualidades que encontramos en nosotros mismos en cierto sentido "dadas" al principio), y en consecuencia entre acciones responsables y acciones reflejas o compulsivas. Todas las acciones pueden ser presentadas como condicionadas. Adler fue el único psicólogo moderno importante que proporcionó una base para tal distinción —Freud, a pesar de su autodisciplina personal, no lo hace— y Adler ha tenido la menor influencia en el nivel popular.

Otra novedad derivada de esta fuente es el rechazo de la castidad como algo dañino y maligno. A esto podemos agregar la convicción actual de muchos clérigos de que los hombres y las mujeres son incapaces de vivir castamente. (Lo son sin la gracia; pero la gracia está disponible). El *Informe Kinsey* supuestamente proporcionó una prueba estadística de esta hipótesis, convirtiendo así a la anticoncepción, las relaciones sexuales fuera del matrimonio y el abandono del celibato del clero en una necesidad.

Los primeros modernistas, en su mayor parte, no negaron la existencia del alma. Por el contrario, estaban orgullosos de sus almas, y hay que reconocer que no eran apologistas de la lujuria. ¿Se dirá lo mismo en alguna fecha futura de los neomodernistas que se encuentran con los fieles en casi todos los rincones del mundo en la actualidad?

[Vuelve a la Tabla de Contenidos](#)

Capítulo 5. La esencia de la tragedia de nuestro presente

En este punto, continuemos con nuestro examen detenido de más ciencias seculares que están siendo usadas para llenar el vacío dejado después de que cualquier apariencia de fe en las cosas católicas se ha desvanecido.

¿QUÉ ESTÁ LLENANDO EL VACÍO?

La sociología, apenas hace falta decirlo, estudia a los hombres colectivamente, como miembros de una cultura, clase o grupo. Aunque los sociólogos aceptan la idea de la influencia y el cambio intercultural (como difícilmente podrían evitar), sus mentes, creo, no están tan dominadas como las de otros intelectuales por el cariño de moda por el flujo y el movimiento perpetuo. Ellos tienden a ver el grupo sociológico o la unidad cultural objeto de su estudio como algo fijo y absoluto, como una persona, un mueble o una habitación de un museo.

Esta forma de ver las cosas ha tenido un profundo efecto en clero católico. De la sociología [muchos clérigos católicos] parecen haber tomado la noción de que cada cultura o civilización es una especie de celda de prisión, y que la comunicación entre los internos de las celdas separadas es casi imposible. Lo mejor que pueden hacer los prisioneros es enviar mensajes apagados golpeando las paredes divisorias para indicar: "Hay alguien aquí". Las mentes griegas y hebreas, como se nos dice, nunca pueden encontrarse.

Dado que cada cultura, hindú, musulmana, confuciana, euro-americana, tiene su propia visión especial de la vida, su propia forma privada de pensar y de expresarse que los forasteros nunca pueden penetrar por completo, a cada una se le debe permitir su propia versión de la fe católica. En realidad, esto es sólo el individualismo del existencialista extendido a las sociedades. Proviene de la creencia sociológica de que el hombre está totalmente determinado por su cultura, [es] un manojo de influencias culturales y nada más. Los misioneros se encuentran entre los más afectados.

La antropología ha tenido más o menos la misma influencia, aunque se concentra en las sociedades primitivas, donde las costumbres tribales inusuales dominan la escena. La tendencia de los antropólogos es considerar todas las costumbres —salvo quizás comer a las abuelas y cosas por el estilo— como expresiones igualmente interesantes y valiosas del espíritu humano. Esto conduce a una especie de neutralismo moral y estético. Las distinciones entre lo bueno y lo malo, lo mejor y lo peor, lo bello y lo feo se vuelven borrosas. Cualquier distinción entre culturas superiores e inferiores también tiende a ser repudiada como elitista y ofensiva. Aquí también reinan el determinismo y el separatismo cultural. El hombre se define en términos de lo que es accidental para él y varía de un lugar a otro (sus hábitos tribales), en lugar de lo que es esencial para él y es lo mismo en todas partes.

La sociología y la antropología han fomentado además la subordinación del individuo al grupo, dado que, para el sociólogo, la cultura es el objeto de un interés que lo absorbe todo. Tiende a convertirse en una especie de Súper-persona, para quien todos los derechos e intereses individuales deben ser sacrificados. En los clérigos revolucionarios esto ha producido un estado mental esquizofrénico, en el que su espíritu colectivista de base sociológica choca con su pasión por hacer lo que les place.

Bajo la influencia de la sociología, las épocas históricas y las culturas pasadas también han sido compartimentadas. Para cada época, entonces, su propia versión de la fe. Las creencias de San Agustín o San Anselmo no servirán para el siglo XX ni, aparentemente, lo harán las creencias de Cristo para muchos estudiosos de las Escrituras.

Y esto no es el final. Las diferencias de edad y ocupación se están convirtiendo ahora en barreras infranqueables que separan a grupos dentro de la misma sociedad, cultura o incluso parroquia. Cada uno de estos grupos tiene su propia perspectiva particular que sólo sus miembros pueden comprender; así que para cada uno debe haber una Misa especial con su propia liturgia. Quizás, en última instancia, se espere que los esposos y las esposas se reúnan en diferentes momentos o en diferentes iglesias.

Es curioso que el clero revolucionario, que con tanta frecuencia es un entusiasta de Un Mundo, esté al mismo tiempo, bajo la influencia de la sociología, rompiendo la unidad de la raza humana, espacialmente, temporalmente y en el nivel de la comunidad local. Por supuesto, la mayor parte de esto no es la locura que parece ser, sino que se usa a propósito para justificar la alteración de la fe católica.

La semántica y el análisis lingüístico también participan del abuso y tal abuso del significado del lenguaje ha tenido resultados muy parecidos al abuso de la sociología: hacer que el entendimiento entre los hombres sea más difícil en lugar de más fácil.

Cuando la gente común habla, se sugiere, ellos en su mayoría no saben lo que dicen, o lo que dicen no tiene sentido. Esto último es verdad sobre todo para las afirmaciones de tipo metafísico o religioso. (Las figuras más influyentes en el campo lingüístico —hombres como Wittgenstein y los positivistas lógicos ingleses— han sido abiertamente hostiles a la religión). Si las afirmaciones religiosas tienen algún tipo de significado, son simplemente formas de expresar sentimientos o "juicios de valor" —lo que en este contexto significa gustos y disgustos personales: no son afirmaciones sobre hechos sobrenaturales o metafísicos. (El positivismo lógico representa la postura de último recurso de la tradición anti-metafísica).

Cuando hoy oímos a un teólogo u obispo decirnos que la Iglesia está reexaminando alguna parte de su enseñanza moral para descubrir qué significa exactamente; o que la palabra Persona en relación con la Santísima Trinidad debe ser reconsiderada a la luz del conocimiento moderno y pueden ser necesarios años de investigación antes de que a los expertos se les ocurra una respuesta; estamos oyendo no sólo las opiniones de un solo eclesiástico pecador, sino la voz, o ecos de la voz, del analista lingüístico.

REMODELEMOS LA IGLESIA DEMOCRÁTICAMENTE

Vengo ahora a una clase de ideas que, si bien influyeron en muchos católicos y metieron a algunos en problemas, no estaban al principio directamente asociadas con el modernismo. Sin embargo, ellas fueron arrastradas dentro del círculo de las filosofías renovadas, adoptadas e impuestas estridentemente a los fieles católicos.

Me refiero a las diversas teorías sociales y políticas que juegan un papel tan importante en la vida moderna.

Las agruparé bajo dos encabezados: "democracia" y "socialismo", significando este último el socialismo de estado. En la práctica, son opuestos, aunque con frecuencia son representados como gemelos inseparables y como formando la meta hacia la que todos los hombres deberían estar luchando [para alcanzarla]. El intento de reconciliarlos pasa por alto ciertos hechos ineludibles de la naturaleza humana; también son cosas de tipo diferente. La democracia es una teoría del gobierno o de la distribución del poder político; el socialismo es principalmente una teoría de la propiedad. El poder político y la propiedad en la mayoría de las sociedades están estrechamente conectados pero no son idénticos.

¿Qué significa democracia? Puede significar simplemente un sistema republicano de gobierno en el que los gobernantes son elegidos por votación y son responsables ante, o limitados en sus poderes por, algún tipo de asamblea, también elegida por votación, ambos destinados a atender y armonizar los intereses de los gobernados; un sistema en el que el oficio público está abierto a todo el que quiera competir por él, y la ley es la misma para todos. Esto es lo que la mayoría de la gente quiere decir cuando habla de democracia. Pero puede significar algo más. También puede significar que existe algo como "el pueblo", todos con las mismas necesidades, pensamientos y voluntad, y que colectivamente ellos son la fuente del derecho y la verdad, y del poder de ordenar la obediencia. Mucha gente, cuando habla de democracia, también tiene en mente oscuramente esta idea. A menudo es esto lo que piensan cuando hablan de que la democracia es un "gobierno del pueblo".

De estas dos visiones de la democracia, la primera es compatible con la fe católica, y la segunda no —siendo también incompatible con el sentido común.

Bajo el hechizo de esta palabra, muchos católicos han llegado a creer que la democracia, en los dos sentidos anteriores, no sólo es la mejor forma de gobierno (lo que era la opinión de

Montalembert y otros católicos liberales del siglo XIX), sino que es la única forma política cristiana, y además que el gobierno de la Iglesia, así como todos los gobiernos seculares, debería ser remodelado para adaptarse a ella. Esto significa no sólo la posible elección de obispos y sacerdotes por los laicos o por grupos de electores (algo que ha existido en el pasado) u obispos que consultan más a menudo a los laicos sin dejar de ser verdaderos pastores y gobernantes, sino el laicado como la autoridad suprema, que decide qué se ha de creer y da órdenes.

El impacto del socialismo ha sido diferente.

LA PATA ENVOLVENTE DEL SOCIALISMO

Como dije, [el socialismo] es principalmente una teoría de la propiedad, que ve a la justicia como la igual distribución de los bienes materiales y de las oportunidades naturales, o su igual disponibilidad para el uso de todos. El socialismo sólo se convierte en una teoría de gobierno cuando se intenta lograr esta igual distribución entregando al estado toda la propiedad (excepto la de las bagatelas) y el poder de decidir sobre su uso.

Aunque la adopción de ideas socialistas es a menudo en los jóvenes la respuesta de impulsos generosos a una gran injusticia y se produjo por esa razón en primer lugar, como teoría la solución socialista es en verdad la escapatoria del intelectual enojado, precipitado o perezoso del intento de pensar en formas inteligentes y posibles de armonizar la legítima independencia individual con la protección de los derechos de los débiles.

La clave para hacer esto con éxito está, como sabemos, en la doctrina social de la Iglesia, que en los últimos tiempos se ha desarrollado con más extensión de lo habitual frente a los cambios y males provocados por el industrialismo temprano (y a menudo contemporáneo), y los errores de la teoría democrática y socialista que se han multiplicado a raíz de ellos.

Sin embargo, la Iglesia sólo establece principios generales, y en lugar de aplicar sus mentes a realizarlos en la práctica, desde la época de León XIII y antes, una parte de los católicos interesados en lograr mejores condiciones para los trabajadores más pobres y el reconocimiento de sus derechos se han visto tentados a adoptar la solución socialista. (Para la Iglesia, la propiedad comunitaria total puede ser lícita, pero sólo cuando todos los miembros de la comunidad que la practica entran libremente en la asociación —como en el monasterio o el kibutz). Los católicos abiertos a la atracción de la solución socialista se inclinan hacia ella, creo, porque adoptan la concepción socialista de la justicia —uso igual, en cantidades iguales, de todo por todos— con la propiedad estatal vista como la forma mejor y más rápida de lograr esto. El estado marxista, al ser el estado más radicalmente socialista, llega entonces a ser visto como más cercano al ideal cristiano que cualquier otro; mientras que la impaciencia con los males que quieren corregir parece a los ojos de tales católicos justificar aún más su desviación del punto de vista católico.

Ésta parece ser más o menos la sucesión de conceptos erróneos que actualmente está atrayendo al P. Pedro Arrupe, el General de los Jesuitas, a las arenas movedizas.

Desde sus inicios hasta tiempos recientes, la corriente principal del movimiento social y político católico fue ortodoxa y obediente.

Es cierto que hubo problemas en el camino, comenzando con Lammenais y *L'Avenir* en la década de 1820, y que simultáneamente con la primera crisis modernista el movimiento sillonista en Francia tuvo que ser suprimido, y que el sacerdote y orador público italiano Don Romolo Murri (un proto-demócrata-cristiano) fue excomulgado. Pero las dificultades tuvieron que ver tanto con la obediencia como con la doctrina, con ideas exageradas de las posibles formas de acción política más que con intentos de alterar la fe. La mayoría de los católicos en cuestión estaban poco interesados en el tipo de ideas especulativas que agitaban a von Hugel y su círculo (la crítica bíblica y la filosofía evolucionista) y estos últimos no estaban preocupados por la reforma social. Durante mucho tiempo, el modernismo y el movimiento social se desarrollaron uno al lado del otro con relativamente pocos contactos directos.

Sin embargo, después de la Primera Guerra Mundial la situación cambió y las ideas aberrantes de ambos movimientos comenzaron a mezclarse.

Con el colapso de la vieja sociedad europea, a medida que el mundo secular fuera de la Iglesia fue cada vez más absorbido por las ideologías políticas y sociales y se vio envuelto en las luchas que resultaron de tratar de realizarlas, su impacto en las mentes de todos los miembros de la intelectualidad católica, pero especialmente en las nuevas generaciones, se volvió mucho mayor. La tendencia, que hemos observado, a hacer del "camino" democrático o socialista una parte de la religión católica, y la herejía más profunda de que la construcción del paraíso terrenal es la verdadera meta de toda actividad cristiana, se convirtieron en ingredientes inseparables del neomodernismo. Hacia los años '50, si no antes, era acertado hablar de un modernismo social y político.

LA SEDUCTORA TEOLOGÍA PROTESTANTE

Desde la época del primer modernismo, los eruditos de la Iglesia miraban cada vez más hacia ciertos tipos de protestantismo con ojos comprensivos; sus atractivos radicaban, a medida que la fe fracasaba, en lo que este protestantismo rechazaba más que en las creencias positivas que había mantenido.

En el período de entreguerras (1918-1939), el interés por el protestantismo estuvo confinado a un grupo relativamente pequeño, aunque aún así muy influyente, del alto clero, y, dejando de lado el trabajo legítimo para la reunión [de los cristianos], se centró principalmente en las teorías de los críticos bíblicos protestantes más radicales y las ideas del pensador luterano danés Kierkegaard (fallecido en 1855), cuyos escritos son un libro de consulta para el existencialismo. La presión para que la Iglesia aceptara los principios de la crítica bíblica neo-protestante y racionalista fue tratada por Pío XII en su encíclica *Divino Afflante Spiritu* (1943). Las ideas de Kierkegaard fueron tomadas directamente de sus propios escritos o filtradas a través de la teología neo-luterana y neo-calvinista.

Pero después de la Segunda Guerra Mundial, que en Alemania, Holanda y otras partes del continente a menudo había juntado a católicos y protestantes en oposición al gobierno nazi, el interés por el protestantismo se intensificó y más tarde, a través de libros y revistas, se extendió mucho más allá a un amplio círculo de católicos, clérigos y laicos.

El resultado fue la introducción en las mentes sacerdotales católicas de dos corrientes de pensamiento distintas que reflejan la gran división que se ha producido dentro del mismo protestantismo, entre el protestantismo histórico y el modernismo protestante.

El protestantismo histórico proporcionó los bienes deseables: sin Papa, sin Santa Sede y, en consecuencia, ningún árbitro final en cuanto a lo que se debe creer; la Biblia interpretada en privado como la única fuente de la Revelación; la primacía de la conciencia individual; y la Eucaristía como una comida conmemorativa. (Una lectura de la [encíclica] *Mediator Dei* de Pío XII sugiere que hacia 1947 las ideas protestantes sobre la Eucaristía y sobre el sacerdote como el presidente de la comunidad ya estaban avanzando entre los clérigos católicos).

Estas ideas protestantes negativas, que datan del siglo XVI, representan un primer tramo de escalera descendente para los católicos cuando se apartan de la plenitud de la fe.

El modernismo protestante, para los mismos protestantes y los católicos que los siguen, representa un descenso adicional, que esta vez frecuentemente termina en el sótano de la incredulidad, donde finalmente se abandona cualquier apariencia de cristianismo (excepto como una etiqueta cortés).

ENTRELAZAMIENTO DE CREENCIAS

El modernismo en las iglesias protestantes surgió por las mismas razones que entre los católicos, pero comenzó mucho antes —Schleiermacher (muerto en 1834) fue un protagonista— y socavó la fe más rápidamente, porque en el protestantismo, como sabemos, no se reconoce ninguna autoridad que pueda determinar si una nueva idea puede o no ser reconciliada con lo que se cree que Dios ha revelado. Penetró más profundamente en aquellas iglesias con el clero más educado o con el respaldo de un gobierno o una clase gobernante. Lo que se llama protestantismo liberal es una especie de movimiento hermano que se desarrolló junto con el modernismo protestante doctrinal y finalmente se fusionó con él. Representaba el lado práctico y socialmente activo del protestantismo

moderno y rápidamente cometió los mismos errores que hemos observado entre los católicos social y políticamente conscientes.

En su encuentro con el modernismo protestante, la intelectualidad católica, o más bien su contingente modernista, no encontró ninguna idea con la que no estuviera familiarizada. Tanto católicos como protestantes habían estado leyendo los mismos libros y estudiando los mismos temas; las mentes de ambos habían sido manipuladas por los mismos rayos de radar intelectuales. Pero los teólogos protestantes suizos, alemanes, estadounidenses e ingleses habían sido mucho más audaces al promover ideas modernistas y sacar sus consecuencias. Como resultado, los modernistas "católicos" encontraron que gran parte de su trabajo ya estaba hecho para ellos, y adoptaron enseguida el lenguaje y los conceptos del modernismo protestante.

Lo que ahora se predica ampliamente desde púlpitos católicos y se enseña más abiertamente en seminarios católicos es simplemente el modernismo desarrollado en las facultades de teología suizas, alemanas y estadounidenses durante las décadas de 1920 y 1930 por hombres como Barth, Bultmann, Brunner, Tillich y los hermanos Niebuhr. (Un escritor como Berdiáyev nos muestra que el modernismo tampoco había dejado intacta a la ortodoxia).

Llamar a todo esto teología protestante no es realmente justo para nuestros muchos hermanos protestantes que se resisten a las ideas modernistas, a menudo con más energía que los católicos. Ellos defienden grandes doctrinas como la caída, la redención, la necesidad de la gracia, o la realidad y la gravedad del pecado, cuya demolición ante sus ojos es observada pasivamente por muchos católicos. La lucha entre las creencias cristianas y las creencias modernistas es tan real dentro de las iglesias protestantes como dentro del cuerpo católico, aunque en el protestantismo la frontera entre los dos dominios espirituales está marcada con menos claridad y la contienda es más vaga. Como sugerí en otro lugar, el modernismo debería ser visto ahora como una nueva y poderosa "cuarta denominación", cuyos miembros están esparcidos entre los cuerpos cristianos ya existentes y están luchando para apoderarse de ellos.

ATACANDO A LA IGLESIA HOY

Llegamos ahora al hoy, a los últimos 20 años, el resultado final de los afloramientos heréticos del siglo y medio pasado.

A finales de los años '50 las tendencias heréticas y proto-heréticas que hemos estado siguiendo habían producido dentro de la Iglesia Católica un cuerpo mucho más grande de académicos y teólogos revolucionarios decididos a alterar la fe y la práctica que el que había existido alrededor de 1900.

Estas tendencias aún no representaban un cuerpo de creencias absolutamente consistente. Se habían materializado una a una o en grupos, como hemos visto, durante un período de 100 años, y habían sido adoptadas en diferentes grados por miembros individuales de la Iglesia Docta según los gustos [de cada uno]. Pero se inclinaban hacia la coherencia. El primero en hacer una síntesis de ellas fue el P. Lemius, quien redactó el borrador de la encíclica *Pascendi* para San Pío X.

Hasta ahora ha habido tres síntesis modernistas. La del *Père* Teilhard, que no es tanto una síntesis como la absorción de todo en su propio y peculiar sistema evolutivo; luego los diversos intentos marxistas —éstos tampoco son realmente síntesis, sino un marxismo más o menos puro con otras creencias modernistas como adornos; finalmente la de Bultmann, basada en la visión existencialista del hombre como un libre albedrío que se crea a sí mismo, y que conoce sólo la luz proporcionada por su "situación actual", con la Biblia reinterpretada simbólicamente para cada generación en términos de esa situación.

El sistema de Bultmann es por mucho el más cercano a ser una verdadera síntesis; reúne a casi todos los hilos modernistas existentes y le da a cada uno un lugar, y por esta razón creo que puede triunfar. Sus negaciones ordenadas se parecen superficialmente más a lo que la gente está acostumbrada que los extravagantes vuelos de fantasía y la bastante desnuda adoración de la tierra del *Père* Teilhard, o el ondear la bandera roja de los teólogos de la liberación. Apelan al clérigo sobrio y sensato sin fe.

El neomodernismo que todo esto representa, cuando finalmente salió del túnel, fue, como dije, una proposición más fuerte y más dura que la cosa bastante refinada y sentimental que desapareció en él en 1910. El nuevo modernismo ya no estaría avergonzado de parecer cuasi-ateo, cuasi-materialista o, en lo que respecta al sexo, totalmente amoral. (Éste es el camino que el mundo había estado recorriendo y la religión debe seguir al mundo). También estaba preparado para identificar la fe mucho más abiertamente con las metas seculares y la búsqueda del paraíso terrenal. En su centro, y manteniendo unido al sistema, todavía estaban esos principios interconectados que observamos al comienzo: 1) No hay una Revelación pública de Dios; ni la Biblia ni la Iglesia son dignas de confianza; 2) La ciencia y el pensamiento moderno son la fuente de conocimiento más alta y la única cierta; la religión debe adaptarse a ellos; 3) "Revelación" (en la medida en que existe) a través de la experiencia interior; 4) Las doctrinas de la Iglesia deben ser entendidas simbólicamente como la expresión evolutiva de las necesidades religiosas del hombre o (en la versión actualizada) de su propio autodescubrimiento. La transformación de la religión católica y cristiana en un humanismo secular cuasi-cristiano o una religión del progreso estaba casi completa.

Quienes aceptaron estos principios eran modernistas en el sentido más pleno, independientemente de sus opiniones personales sobre cuestiones menores —su preferencia por esta o aquella filosofía, esta o aquella escuela de psicología, o si eran de inclinación colectivista o individualista, o si estaban o no interesados en la historia o la sociología. Se habían convertido por completo a la nueva religión; la habían abrazado en su esencia.

Para otros la conversión fue todavía parcial. Podían inclinarse hacia su punto de vista, pero sin un asentimiento pleno a sus proposiciones básicas. (Quizás algo de la Biblia era verdad, quizás ocasionalmente la Iglesia tenía razón; aunque dónde y cuándo, ¿quién podía estar seguro?). Habían sido influenciados por las corrientes intelectuales que hemos estado revisando de una manera más laxa y general. Su pensamiento era menos consistente. Pero las ideas a las que habían abierto sus mentes, cuando el momento estuviera maduro, los arrastrarían cada vez más cerca de la posición modernista completa.

Durante casi 40 años dos Papas fuertes mantuvieron bajo control a estas fuerzas y a los hombres sometidos a ellas. Pero con la muerte del segundo, Pío XII, se les permitió irrumpir y azotar el árbol de la Iglesia con fuerza de vendaval, romper las ramas y lanzar y desgarrar las ramitas, hasta que cada hoja, flor y fruto que no estaba firmemente adherido y lleno de savia viva fue arrancado. O así pareció.

PLAN DE ASALTO

Parece que, cuando el Concilio fue anunciado, los principales revolucionarios teológicos se pusieron rápidamente en contacto y decidieron a qué metas inmediatas aspirar, siendo sus expectativas en esta etapa relativamente modestas. (Deben de haber imaginado que tendrían contra ellos a innumerables obispos y teólogos de ortodoxia granítica).

Con nuestro conocimiento actual sobre el Concilio, podemos ver bastante bien cuáles eran estas metas.

Pueden ser resumidas brevemente.

Primero, "libertad académica" —reconocimiento de su derecho a enseñar lo que les plazca; ya que ésta es una precondition necesaria para alterar la fe. Si la autoridad no la concede oficialmente, que la autoridad asienta a ella tácitamente por miedo. Para ello, ataca al *Magisterium* en su corazón, la Santa Sede, a través de su órgano más vulnerable, la Curia; (es vulnerable por ser impopular — los departamentos gubernamentales siempre lo son). Divide al *Magisterium*. Convince a los obispos enfatizando la colegialidad; esfuérzate para lograr que el colegio de los obispos se vuelva igual al Papa en autoridad, o mejor aún que sea puesto por encima de él. Respaldar cualquier enseñanza sobre el laicado que permita reestructurar "democráticamente" a la Iglesia y trata de impedir una condena del comunismo. Trabaja a través de la reforma litúrgica y el movimiento para la reunión cristiana [el ecumenismo] para lograr que las ideas protestantes sobre la Eucaristía y el sacerdocio y la teología protestante modernista sean aceptadas. (Minimiza la reunión con los cristianos orientales cuyas creencias son en su mayoría indistinguibles de las de los católicos y que, por lo tanto, son

indeseables.) Si es posible, obtén una declaración que implique que la Biblia es la única fuente de la Revelación, y que la Biblia, tal como es interpretada por los expertos en las Escrituras, es la autoridad suprema en materia de fe. Presiona a favor del abandono del pecado original y de la aceptación de la visión de Darwin de los orígenes humanos. Evita una condena de la anticoncepción, si no se obtiene su aprobación. Exige diáconos casados: entonces la puerta estará abierta para los sacerdotes casados más tarde. Haz todo lo posible para degradar a Santo Tomás y para exaltar al existencialismo. No pierdas la oportunidad de promover la opinión de que los católicos deberían dejar de pensar en salvar sus almas y deberían concentrarse en "transformar el mundo".

Por supuesto, en 1962 ningún sacerdote sensato habría pensado en proponer tales ideas excepto en un envoltorio de ambigüedades. Pero fue sobre éstas que se libraron las batallas entre bastidores durante el Concilio, y el intento, por un lado, de lograr que fueran aceptadas y, por otro lado, de rechazarlas, explica, creo, el tenor desconcertantemente desparejo de tantos pasajes de los documentos del Concilio. Es como si dos personas estuvieran tratando de conducir un automóvil al mismo tiempo, arrebatándose el volante el uno al otro alternativamente. (Como expliqué en otro artículo, nada de esto les resta autoridad. Sólo hace que algunas de sus enseñanzas sean menos inmediatamente claras y, lo que es más importante, que sean mucho más fáciles de tergiversar).

Sin embargo, no seguiré a nuestros revolucionarios dentro de la sala del Concilio. Les diremos adiós mientras, transformados en *periti*, esperan en el aeropuerto con sus valijas, portafolios y expectativas los aviones que los llevarán a Roma y a la primera sesión del Concilio. Su mayor victoria será la práctica. Con el grito de guerra "La libertad en peligro", azuzarán a la opinión pública fuera de la Iglesia a su favor, y eventualmente obtendrán por la fuerza de la autoridad eclesiástica asustada y más o menos reacia el permiso *de facto* que ahora poseen para atacar y socavar la fe católica desde adentro de la Iglesia mientras todavía actúan oficialmente como representantes de la Iglesia, creando así la impresión de que casi todos los artículos de fe (sin excluir la existencia de Dios) están siendo reconsiderados y algún día podrían ser desechados.

En cambio, me vuelvo hacia una cuestión que hasta ahora ha sido pospuesta, pero ahora debe ser enfrentada.

¿POR QUÉ NO HAY UN CONTRAATAQUE ORTODOXO?

El modernismo nunca podría haberse extendido y haber tenido éxito como lo ha hecho si el resto de la Iglesia docta hubiera montado una lucha más fuerte. ¿Por qué no lo ha hecho? (En verdad, la mayor parte de sus miembros, con mucho, no han opuesto resistencia alguna, sino que han vacilado y transigido).

Creo que puede haber sólo dos respuestas: (a) ya no pueden ver rápida y claramente qué es herejía o tiende a serlo y qué no; o (b) la herejía no les parece particularmente terrible o grave. Probablemente ambas respuestas sean aplicables.

Siendo esto así, la razón será en primer lugar espiritual, del tipo que consideré al principio de estos artículos. Con respecto a la mayoría de la Iglesia docta tenemos que hacer, creo, las mismas distinciones que hice en otro lugar en relación con los obispos entre los "malos" —aquellos que, por medio del pecado, han perdido la fe; y los "tristes" —aquellos que no la han perdido absolutamente pero, también por medio del pecado, están, en lo que respecta a la fe, afligidos por una especie de ocaso de la mente y de apatía de la voluntad. Estos últimos, como sus contrapartes en el episcopado, por falta de vitalidad espiritual, yacen lánguidamente como comandantes heridos desangrándose hasta la muerte (oficiales de inteligencia en lugar de generales esta vez) mientras las tropas sin líderes son masacradas. Es necesario referirse al pecado a este respecto; de lo contrario, es probable que la pérdida de la fe sea atribuida a un accidente o, peor aún, a Dios. No me extenderé más sobre este aspecto del tema.

Existen sin embargo algunos factores puramente naturales que creo que puede ser útil considerar.

El primero es de un tipo bastante especializado pero con todo muy importante. Tiene que ver con la naturaleza de la fe y de la mente humana, y la diferencia entre la forma en que los católicos ven la fe y la forma en que lo hacen los eruditos y los teólogos.

La fe, como bien sabemos, es luminosamente clara y simple, tanto que un niño puede comprenderla; sin embargo nos revela misterios y, por lo tanto, cuando se examina en detalle, está llena de cosas difíciles de entender. El cuerpo humano y la naturaleza, como un todo, son similares en este sentido: simples en su conformación general y propósito, que se perciben rápidamente, pero extremadamente complejos en los detalles de su funcionamiento interno. Ahora bien, un estudio minucioso de los detalles de cualquier tema tiene el mismo efecto que mirar a través de un microscopio. El significado del todo cuyas partes se está estudiando tiende a caer al segundo plano de la mente; los cambios de color más grandes se vuelven difíciles de detectar: los contornos principales y las distinciones importantes desaparecen. Es más bien como si un hombre estuviera estudiando el *Juicio Final* de Miguel Ángel a través de una lupa desde una distancia de dos pulgadas. Absorto en los detalles, se olvida del cuadro en sí, y después de un año, podemos suponer, se vuelve tan miope que al dar un paso atrás ya no puede verlo correctamente ni saber si alguien ha estado haciendo modificaciones.

Este tipo de miopía académica es, creo, una razón adicional por la que los intelectuales católicos, incluso cuando han mantenido la fe, con frecuencia parecen incapaces de decir dónde las ideas aceptables se degradan convirtiéndose en inaceptables. Casi todo lo escrito desde el Concilio por los sabios muestra signos de este defecto académico. Creo que también explica por qué una parte de los fieles y los clérigos comunes han conservado la fe con más fuerza que la mayoría de los eruditos. No han estado mirando el cuadro de la fe desde una distancia de unos pocos centímetros, por lo que han mantenido su visión normal. Siendo aún capaces de ver el cuadro completo con claridad, ellos notan rápidamente los cambios —aunque ignoran la naturaleza de las pinceladas del artista, el tipo de pigmentos usados o la forma de tratar las grietas en el yeso.

Según el Cardenal Newman, fue por algunas de estas razones que, en los primeros siglos de la Iglesia, el pueblo católico común a menudo dio un testimonio más claro de lo que la Iglesia creía sobre ciertos puntos que los teólogos o incluso algunos de los Padres (véase *On Consulting The Faithful In Matters Of Doctrine* [Sobre la consulta a los fieles en materias de doctrina]). Ellos simplemente declararon lo que les habían enseñado: sus mentes no se habían quedado perplejas por cuestiones complicadas y sutilezas, y así su testimonio no estaba teñido por opiniones privadas, propias o ajenas. Nos enfrentamos aquí con una dificultad para los académicos católicos que podría llamarse un riesgo profesional.

SIN FUEGO VIVO

Debilidades más comunes también han contribuido a nublar la visión y debilitar la resistencia; cosas como el miedo, la amistad y el profesionalismo.

Como cabía esperar, muchos miembros de la Iglesia docta eran amigos, incluso cercanos. Nunca es fácil decir a un amigo que está haciendo algo que está muy mal y, donde el amor de Dios y el verdadero bien del amigo no tienen el primer lugar, un hombre rehuirá romper una amistad que le importa incluso cuando sabe que debería hacerlo. Para muchos intelectuales católicos de hoy, una postura valiente podría significar la pérdida de todos sus antiguos amigos, así como insultos y el fin del éxito y la aprobación. Por todas estas razones, aunque no debería ser así, es probable que la herejía en un amigo parezca menos incorrecta, menos horrible y menos lo que es verdaderamente, o que haya una tendencia a minimizar su atrocidad. También debido al estado mental nublado de los "tristes" y sus incertidumbres acerca de la fe, en muchos puntos donde no deberían hacerlo, simpatizan a medias o más que a medias con los "malos" —sospechando que los "malos" podrían tener razón, que la mayor parte o mucho de lo que la Iglesia ha enseñado siempre es probablemente "doctrina reformable", y que un día la Iglesia abandonará, digamos, su enseñanza sobre el pecado original o la indisolubilidad del matrimonio, incluso a pesar de que, por el bien de la disciplina de la Iglesia, o para "salvar las apariencias", tengamos que seguir defendiendo estas enseñanzas por el momento.

El profesionalismo contribuye principalmente a la tibieza y la indiferencia.

Así como los médicos no se alteran cuando oyen las palabras cáncer o muerte, así ocurre con el religioso académico profesional con respecto a la herejía y la falsedad. La fe ya no es un fuego vivo

que arde en sus venas y en su vientre; se ha convertido en "el tema en el que él está calificado" y con el que se gana la vida. El error doctrinal es parte del trabajo diario —trabajo de oficina; no pierdes el sueño por él. Del mismo modo, como otros profesionales, defiendes a tus colegas, incluso a los malos; no se defrauda al equipo frente a la clientela. La vida eclesial, más que la fe, es ahora la sustancia de la religión. Mientras los engranajes de la vida eclesial permanezcan en su lugar y las ruedas aún sigan girando, lo que la máquina esté produciendo es una consideración insignificante.

La prueba de esto, diría yo, la proporciona el estado actual de la Universidad de Notre Dame y la *Catholic Theological Society of America* [Sociedad Teológica Católica de Norteamérica]. Lo que le asombra más a uno de esta última no es que un grupo de sus miembros sacerdotales pudiera componer una obra tan insuperablemente mala y malvada como *Human Sexuality* [La sexualidad humana] o que la mayoría diera al libro su respaldo (aunque esto sea terrible), sino que se permita que la sociedad continúe existiendo con el nombre de "católica" y que sus miembros todavía creyentes (que uno presume que existen) no hayan renunciado a un cuerpo que claramente se ha convertido en una asamblea de enemigos de Dios.

Sin embargo, creo que ha habido un factor más poderoso que cualquiera de los mencionados hasta ahora, cuya existencia explica principalmente la falta de resistencia de los teológicamente "tristes".

INCLINACIÓN A REFORMAR LA IGLESIA

Antes del Concilio, muchos clérigos, afectados o no por el modernismo, estaban persuadidos, no necesariamente sin razón, de que eran deseables reformas de algún tipo. Ellos también sintieron que la Iglesia de alguna manera se estaba quedando atrás y necesitaba "actualizarse". Los emprendimientos existentes —las iniciativas de Pío XII, por ejemplo, o nuevos movimientos para los laicos como el *Opus Dei*, la Legión de María o los Focolares— fueron considerados insuficientes. Ellos vieron (a menudo, uno se inclina a pensar, exclusivamente) todo lo que era estrecho y rutinario en la vida católica y creyeron que si tan sólo pudieran barrer lo que los irritaba, la vida florecería nuevamente. Desafortunadamente, un gran número parece haber sido afectado por la perspectiva naturalista que caracterizó a los obispos europeos de mentalidad reformista, que discutí en otra parte. Por demasiados, la reforma fue considerada principalmente como una cuestión de hacer que la Iglesia "pareciera moderna", más que de asegurarse de que los católicos se volvieran más santos. Cada uno, además, tendía a ver su propio remedio particular, cualquiera que fuera —mayor participación laical, cambio litúrgico, mejores relaciones con los cristianos separados— como la fórmula mágica que por sí sola podría arreglar las cosas.

Esta preocupación por la reforma —hablo aquí tanto de las reformas legítimas como de las ilícitas— creó un nuevo principio de unidad, un nuevo tipo de hermandad, y lo que para muchos equivalió casi a una religión sustituta; una "iglesia" dentro de la Iglesia, que reunió a los "malos", los "tristes" e incluso algunos de los "no tan tristes". En el clima de opinión que se generó, lo esencial ya no era creer lo que Dios ha revelado, sino "estar del lado de la reforma", vista ahora más o menos como un fin en sí misma y de mayor importancia que la Iglesia y la fe que estaba destinada a salvar. Un hombre que estaba interesado en la reforma sería visto como un aliado, incluso si dudaba de la Presencia Real; mientras que cualquiera juzgado frío hacia la reforma se deslizó de modo subconsciente a la categoría de oponente, incluso a pesar de que sostuviera todas las verdades de la fe. Y asegurarse de que nada detuviera la reforma se volvió prioritario sobre cualquier otra consideración —aun el hecho de que en muchos casos el abuso de las reformas por parte de los "malos" estaba provocando que un gran número de fieles abandonaran sus creencias. Los "tristes" prefirieron no advertirlo.

Para ver cómo funcionaba esto en la práctica, imaginemos a dos padres franceses: *Père Gretry* y *Père Bourgeois*. Ambos han dedicado su vida a la causa de una mayor participación de los laicos. Las ideas de *Père Gretry* se han mantenido, aunque a veces apenas, dentro de los límites de la ortodoxia; las de *Père Bourgeois* han vagado mucho más allá de ellos. Pero como la causa de la

participación de los laicos se vería comprometida si las herejías de *Père Bourgeois* se conocieran, *Père Gretry* las encubre.

Hay muchos *Pères Bourgeois* y muchos *Pères Gretry* hoy, y es grande el encubrimiento que los *Pères Gretry* han hecho a fin de proteger la "causa de la reforma".

UNA DERIVA CONTINUA HACIA LA HEREJÍA

Creo que éstas son las razones principales por las que la mayor parte de lo que queda de la intelectualidad católica no modernista ha sido, durante los últimos 15 a 20 años, tan vergonzosamente débil; por qué, en el momento en que el modernismo resurgió, no acudieron instantáneamente en defensa de la fe y del pueblo católico, sino que en cambio se dieron media vuelta y protegieron a sus viejos amigos, justificando sus equívocos y ocultando sus infidelidades. Dado que la fe tiende a perderse donde no es defendida, entre los eruditos, como entre los obispos, ha habido una continua deriva de los "tristes" hacia el campo de los "malos".

Por supuesto, para el alto clero en su conjunto, el modernismo no "reapareció" en el sentido en que lo hizo para todos los demás, como el fantasma de alguien muerto. En su mundo, cualquiera que era alguien había sabido desde el principio que el modernismo todavía estaba en la casa y en un estado de salud razonable, incluso si tenía que vivir en un armario debajo de las escaleras y lo dejaban salir para hacer ejercicio en el medio de la noche. Lo que debió de sorprender al alto clero, ortodoxo y heterodoxo, fue la bienvenida que el modernismo recibió de muchos de los fieles comunes una vez que pudo salir del armario, subir las escaleras y hacer su aparición en los salones principales de la mansión.

PARA AGUANTAR EL DILUVIO

En el estudio precedente he tratado de mostrar las diversas causas, morales, psicológicas, espirituales e intelectuales, de la gran rebelión de los eruditos y teólogos "católicos" que está devastando la fe y paralizando en gran parte la reforma.

Al hacerlo, espero haber hecho más fácil entender no sólo por qué se ha producido la rebelión, sino también a qué tenemos que oponernos y la naturaleza de las dificultades que aún enfrentamos.

Las causas morales, psicológicas y espirituales son bastante sencillas; nos enfrentamos a esas cosas simples: la pérdida del don sobrenatural de la fe, la debilidad humana, la mala voluntad y el pecado. Tienen que ser combatidas principalmente por medios espirituales. Las causas intelectuales nos presentan un problema mayor. En las circunstancias especiales del presente, con la educación general y los medios de comunicación de masas que traen al instante las nociones y los hechos más abstrusos a la atención de los corazones católicos más simples —no se las puede tratar con tanta facilidad.

Si retrocedemos un momento y examinamos el siglo y medio durante el cual las ideas modernistas se han desarrollado, para la mente y el alma humanas este lapso de tiempo parece recordar a la Tierra en la época del Diluvio.

Una ola gigantesca de conocimiento natural, en gran parte de significado incierto, y que lleva consigo una gruesa capa de residuos flotantes de basura ideológica, se ha derramado sobre la humanidad. En ella, todos los hombres occidentalizados, y los católicos junto con ellos, están ahora pataleando, y el modernismo es sólo la muerte por ahogamiento del conocimiento revelado sobrenaturalmente en esta inundación sin precedentes de información puramente natural. Es este diluvio lo que llamamos pensamiento moderno. Sólo parece probable que sobrevivan los católicos que mantienen sus chalecos salvavidas bien inflados con fe, esperanza y caridad y un espíritu de docilidad a la voz de la Iglesia.

¿Disminuirá la inundación? ¿O pueden las aguas, buenas en sí mismas, ser domesticadas, purificadas de su basura y canalizadas a las cuencas y reservorios adonde pertenecen para que ya no sean espiritualmente destructivas?

En lo que respecta a la Iglesia, esto sólo puede ser obra de eruditos católicos fuertes en la fe y la bondad, así como adecuadamente calificados.

¿Existen tales hombres? ¿Queda algún miembro de la Iglesia docta que no pertenezca a la categoría de los "malos" ni a la de los "tristes"? ¿Hay alguno "bueno"? Sí. Pero en los disturbios recientes ellos se han convertido en voces aisladas, dispersas aquí y allá, y por lo tanto incapaces de tener mucho efecto.

OREMOS...

Sin embargo, los católicos estadounidenses y de habla inglesa en general quizás ahora puedan animarse.

En febrero de 1978 *L'Osservatore Romano* publicó un artículo sobre la formación, en Saint Louis, de una Comunidad de Académicos Católicos dedicados a poner sus habilidades "al servicio de la fe católica" tal como es "enseñada con autoridad por el Papa y los obispos en comunión con él."

Oremos fervientemente por estos hombres y por todos los que son como ellos, dondequiera que se encuentren; estos "hermanos mayores" más dotados que tanto necesitamos. La fe de las generaciones futuras puede depender en buena medida de su éxito o fracaso.

Roguemos que, haciendo un análisis nuevo y mucho más cuidadoso del pensamiento moderno, ellos siempre sepan cómo separar el trigo de la paja, el oro de la escoria, el agua impoluta de los desechos ideológicos. Al hacerlo, que no se sorprendan al encontrar a la Palabra de Dios a menudo en conflicto con las opiniones de los hombres. Que siempre permanezcan indiferentes al respeto humano y no se sientan impresionados por las grandes reputaciones de este mundo. Que sean infaliblemente sumisos en todo lo que toca a la fe a la voz del *Magisterium* y, lo que hoy es igualmente importante, sean capaces de distinguir la voz auténtica de cualquier falsificación —la del verdadero pastor de la del mercenario mitrado. Pero, sobre todo, que la visión del mundo y de la historia humana provista por la Revelación tenga tal asidero en sus mentes, que estén tan convencidos de su absoluta certeza, realidad y preeminencia que ninguna otra "cosmovisión" la fracture o distorsione, y todos los reflejos que surjan de sus estudios puramente naturales se mantengan firmemente subordinados a ella y dentro del cono radiante emitido por esta fuente de luz altísima y beatísima.

Y que todos nosotros los fieles recordemos: "Con Dios nada es imposible".

[Vuelve a la Tabla de Contenidos](#)

Conclusión. La nueva religión

En la primera parte de este folleto he expuesto en su orden cronológico de aparición las ideas que han contribuido a la construcción del modernismo y el neomodernismo y he tratado de mostrar de dónde fueron tomadas esas ideas.

Como la síntesis hecha para San Pío X fue compuesta antes de los desarrollos que transformaron el modernismo en neomodernismo, en esta segunda parte he reunido los ingredientes en una síntesis de mi propia cosecha para que el lector, al ver las diversas ideas en combinación, pueda trazar más fácilmente los contornos de la nueva religión que de hecho es el neomodernismo. Aunque los principios de la nueva religión aún no fueron expuestos completa y sistemáticamente en libros de texto que todavía pretenden ser católicos —no hay hasta ahora un catecismo, un credo o una profesión de fe modernistas—, el neomodernismo ya es un cuerpo de creencias auto-consistente y lógicamente relacionado. Pienso que lo más parecido a una presentación sistemática es el *Catecismo Común* Católico-Luterano o "Libro de la Fe Cristiana", como está subtítulo. Esta nueva religión es lo que innumerables obispos y sacerdotes de todo el mundo, y casi todos los teólogos más influyentes, suponen que es la fe católica renovada por el Concilio.

Por el momento, la nueva religión vive una vida parasitaria; sus miembros, como dije antes, están dispersos a través de los cuerpos paternos más antiguos: catolicismo, ortodoxia, protestantismo; no existe aún una "iglesia" modernista identificable. Pero esta situación ciertamente no durará. Mucho de lo que ocurre bajo el nombre de ecumenismo, en oposición al ecumenismo genuino, es la reunión, no de cristianos para discutir sus desacuerdos, sino de modernistas que ya comparten las mismas creencias, y que de hecho no son cristianos en ningún sentido real. Tal es la nueva "cuarta denominación", cuyas creencias se presentan aquí y que aparecieron en una edición anterior de *The Wanderer*.

En la nueva religión, el primer principio no es que Dios sea glorificado y que se haga Su voluntad, sino que se debe atender a la conveniencia del hombre. La relación de la criatura con el Creador ha sido invertida. El hombre, al menos implícitamente, está primero, y Dios en segundo lugar. Dios, si todavía se cree en Él, es el esclavo de Sus propios hijos. Él respalda todo lo que el hombre hace. Hay un gran énfasis en Su amor, cuidado e interés por el hombre; no se puede decir lo mismo de Su misericordia o justicia, porque Dios no tiene derecho a ofenderse por nada de lo que el hombre hace. Él tiene el deber de cuidar al hombre, usualmente sin siquiera recibir agradecimiento. Sólo el hombre tiene derechos.

En aquellas versiones de la religión que se deslizan cada vez más cerca del ateísmo, Dios no sólo juega un papel cada vez menor, sino que es cada vez menos reconocible como Dios. De un Ser viviente, Él es reducido a una fuerza vital. En algunas versiones, Él no es un Ser que ya existe, sino un ser que está llegando a la existencia.

Aunque en todas estas versiones Él apenas cuenta, de vez en cuando Él es encontrado culpable por no haber arreglado mejor las cosas. Dios tiene la culpa. El hombre es por naturaleza agradable y bueno y siempre está en lo correcto. Por supuesto que comete errores. Pero, ¿quién puede culparlo, viendo las dificultades con las que tiene que lidiar? Si él hace el mal, las circunstancias externas son las culpables. No sólo se invierte la relación del Creador con la criatura. El pecado es vuelto patas arriba. La culpa, si la hay, está del lado de Dios; la justicia del lado del hombre.

Al principio este Dios débil puso en marcha el universo y luego más o menos lo abandonó en un estado embrionario para que se completara a sí mismo mediante la acción de accidentes limitada por la ley de la "necesidad estadística" —en otras palabras, por la selección natural. Finalmente el universo produjo, por selección natural, no a Adán y Eva, sino una generación de semi-humanos cuyos descendientes fueron transformados paso a paso en hombres verdaderos. ¿O no eran aún hombres de verdad? ¿Lo somos nosotros? La evolución aún continúa. Puedes pensar que el Hombre perfecto, Cristo, ya ha venido. Pero estás equivocado. Los hombres perfectos sólo llegarán al final de la historia cuando la evolución esté completa.

La evolución, que abarca todo lo que ocurre en la historia, lo bueno y lo malo, es la expresión del plan de Dios para el universo —si se puede considerar que Él tiene uno. No se hace distinción entre

Su voluntad activa y Su voluntad permisiva. Él mira con la misma indiferencia el mal y la fealdad, la bondad y la belleza. El mal, en cualquier caso, es una parte necesaria de la evolución. La estadística lo hace inevitable. Dios es el prisionero de la estadística.

Aunque los nuevos clérigos son, en los campos que les interesan, moralistas estrictos, con sus propias nociones del bien y del mal, ellos están filosóficamente comprometidos con el principio de que "todo lo que es, está bien" —incluyendo los prejuicios raciales, las estructuras políticas injustas, el legalismo, el autoritarismo, toda la bolsa de trucos.

UN PARAÍSO SECULAR

Habiendo llegado al escenario, el hombre descubrió que tenía una tarea que realizar. Tenía que transformar el mundo: no para santificarse en el servicio de Dios y del prójimo para ser apto para una vida de eterna felicidad en el Cielo, sino para construir un paraíso secular. Al hacer esto, él estaba cooperando con la evolución. El pecado, cuando existe, es la falta de cooperación con la evolución. El pecado es malo no tanto porque sea una ofensa contra Dios sino porque daña al hombre. Defrauda al equipo —la raza humana. La carrera de obstáculos evolutiva hacia el paraíso terrestre es enlentecida.

No hubo una rebelión original de la raza humana contra Dios en la persona de su cabeza. Para aquellos que todavía reconocen el pecado como una ofensa contra Dios, el pecado original fue la pecaminosidad colectiva de los primeros hombres y mujeres a medida que evolucionaron desde el estado semi-humano; también es la "situación pecaminosa" en la que nace cada nuevo hijo.

En este sistema no hay necesidad de una segunda cabeza de la raza humana, un Redentor que por la obediencia repara el daño hecho por la primera cabeza y gana para nosotros la restauración de la vida sobrenatural de la gracia santificante. Jesucristo es un hombre; punto final. Él murió, fue sepultado y no resucitó de entre los muertos. Él era el ejemplo perfecto de lo que el hombre debería ser —un hombre en quien Dios habitó de una manera única; o un profeta como Buda o Mahoma: un revolucionario; o una figura histórica oscura cuya personalidad verdadera apenas puede ser descifrada a través del revestimiento de ficción con que la cubrieron los evangelistas.

La Iglesia llegó a existir a través de un autoengaño masivo por parte de los Apóstoles y discípulos. Esto sucedió en Pentecostés. Ellos tuvieron de repente una "experiencia" psicológica; se convencieron de que Cristo estaba vivo. Esto no significa que Él estuviera realmente vivo. Ellos estaban engañados. Pero su ilusión los transformó. Cristo ha "resucitado en sus corazones". La impresión causada por esta experiencia fue tan poderosa que ellos persuadieron a otros a compartir su sueño. Pascua y Pentecostés no estuvieron separados por cuarenta días; los eventos, o eventos imaginarios, asociados con ellos tuvieron lugar todos el mismo día.

Los apóstoles, por supuesto, podrían haber visitado la tumba para ver si sus experiencias se correspondían con los hechos. ¿El cuerpo de Nuestro Señor estaba todavía allí o no? Pero aparentemente ellos no pensaron en hacer esto, a pesar de que la tumba estaba a solo unos pocos cientos de metros de distancia. Y tampoco lo hicieron sus oyentes.

Sin embargo, lo que sucedió en Pentecostés fue obra del Espíritu Santo, aun cuando tuvo como resultado que los apóstoles esparcieran por el mundo y perpetuaran a lo largo de las edades una colección de falsedades.

A este Cristo imaginario, producto de la imaginación de los apóstoles, se lo conoce como "el Cristo de la fe", mientras que el hombre que murió y fue sepultado es llamado "el Cristo de la historia". Poco se sabe de este hombre, aunque probablemente vivió. El "Cristo de la fe", el imaginario, es el objeto de la fe y la devoción cristianas. Los cristianos adoran a un ser ficticio. Se deduce que la doctrina católica de la Misa no puede ser verdad. Un Cristo que ya no vive no puede estar presente en el altar.

Aunque la Buena Noticia de los apóstoles era falsa, ellos difundieron su enseñanza de buena fe, y los hombres fueron persuadidos por ella de llevar vidas mejores. Por tanto, la ilusión fue beneficiosa, porque produjo resultados útiles. Esta visión degradada de la religión debe parte de su popularidad al filósofo William James. Fue sostenida por los primeros modernistas, a principios del

siglo [XX], quienes veían a la Iglesia católica como la educadora moral de la humanidad, aun cuando ella estaba perpetuando un mito.

MEROS DISFRACES

Aquí nos encontramos con el segundo principio de la nueva religión. La religión no se basa en hechos objetivos acerca de Dios conocidos a partir de Su creación y por la Revelación. Tiene su origen en las necesidades religiosas del hombre. Él la inventa para satisfacer sus anhelos espirituales. A medida que la historia avanza, el hombre siempre está cambiando y por lo tanto sus necesidades religiosas también cambian. Dado que es justo que él se sienta feliz y a gusto, debe desechar de su religión todo aquello que lo incomode espiritualmente y agregarle lo que lo satisfaga. Si de repente quiere disfrutar de un "bautismo del espíritu", como los pentecostales, déjalo. Si quiere abandonar la oración por los movimientos de protesta, déjalo hacer eso también. El hombre es el árbitro de la religión.

Así como los apóstoles inventaron el mito de la Resurrección, los miembros de la Iglesia primitiva, conocida como una "comunidad de fe", inventaron el resto de las creencias y prácticas cristianas para satisfacer sus necesidades religiosas. Excepto por algunos preceptos morales, estas creencias y prácticas no vinieron de Cristo. El Nuevo Testamento es en gran parte el registro de las ideas religiosas en desarrollo de la comunidad de fe; muy poco de lo que dice es verdad o registra hechos históricos. Los líderes de la Iglesia —los ancianos o presidentes de la asamblea— no eran guardianes de verdades reveladas por Dios. Ellos simplemente interpretaron y expresaron las creencias y deseos del pueblo cristiano. Sólo más tarde, a medida que se desarrollaron las necesidades religiosas del pueblo, éste llegó a considerar a sus líderes como obispos y sacerdotes.

Esta imagen de la Iglesia primitiva también es verdad aplicada a la Iglesia a lo largo de su historia. Como todo lo demás, la Iglesia está evolucionando. Habiendo pasado por varias transformaciones en el pasado, podemos esperar otras en el futuro. Estas ideas son la base de la Teología del Proceso y la Ética de la Situación, que son meramente disfraces para adaptar la fe y la moral a los tiempos.

Dios, si existe, ha revelado muy poco, ya sea a través de la Iglesia o de la Sagrada Escritura, que sea cierto y definido. El Antiguo Testamento, como el Nuevo, es visto como una colección de fábulas diseñadas para impartir algunas ideas "religiosas" imprecisas. Para muchos, su mensaje equivale a poco más que el mandato: "Sé amable con los demás".

Por otra parte, Dios continuamente nos revela nuevas verdades individualmente, a través de nuestros sentimientos internos o los eventos de la vida diaria. A esto se le llama "revelación continua". Aquí se confunden dos cosas: la Revelación pública de la verdad religiosa dada a través de la Iglesia para toda la humanidad, y las inspiraciones privadas que Dios da a los individuos para que cada uno pueda ver cómo cumplir la voluntad de Dios expresada públicamente en sus circunstancias particulares, o el tipo de iluminación sobre el significado de las cosas divinas que Él puede dar en la oración. Para los católicos, ninguna inspiración interior, por más convincente que parezca, que entre en conflicto con la voluntad expresada públicamente de Dios puede ser de Dios. A estas inspiraciones internas o ideas privadas, generalmente llamadas "intuiciones", se les da el primer lugar en la nueva religión como fuente de conocimiento y verdad religiosos.

¿Qué sucede cuando los miembros de la comunidad de fe tienen "intuiciones" contradictorias? Se reúnen en una discusión grupal en la que comparten sus experiencias y las interpretan el uno para el otro. Se espera que el resultado sea un consenso. Las "intuiciones" con el apoyo de la mayoría se convertirán en las creencias de la comunidad. Así es como se hacen la teología y el dogma. Pero si no se puede llegar a un acuerdo, nadie debe preocuparse. El existencialismo está a la mano con una máxima conveniente: "Tú haz lo tuyo y yo haré lo mío". La nueva religión exalta alternativamente al individuo o la comunidad según el fin que se persiga en un momento dado. En materia de fe, se fomenta el individualismo: cualquiera puede creer lo que quiera. Pero cuando es conveniente, se idolatra a la comunidad.

UN SENTIDO DE UNIDAD ESPURIO

En este punto los apóstoles de la nueva religión se encuentran en una dificultad. ¿Cómo se hace una comunidad a partir de personas que tienen muy poco en común? Las creencias comunes son el vínculo más fuerte en cualquier sociedad religiosa y quedan muy pocas creencias. El principio interno de unidad se ha ido. Por eso el clero, a fin de mantener unido al rebaño, depende cada vez más de lanzarlo a actividades. Pero éstas en sí mismas no pueden contrarrestar los efectos desintegradores de la nueva religión. Por lo tanto un sentido de unidad espurio es generado mediante varias formas de manipulación psicológica. En dinámicas de grupo y sesiones de sensibilidad, el contacto físico ayuda a producir lo que una vez se lograba mediante la unión de la mente y el corazón. Quizás también por eso, cuando el sacerdote y el penitente se encuentran en la nueva sala de confesión o reconciliación cara a cara, se dan la mano y un buen apretón amistoso.

En los años '60, después de 2.000 años de existencia, la comunidad de fe atravesó otra de sus muchas transformaciones; esta vez una sin precedentes. La palabra mutación se toma prestada de la ciencia de la genética para que suene más impresionante y probable. El hombre moderno llegó a la mayoría de edad y creció, y el hombre católico junto con él. Esto produjo una nueva relación entre el hombre y Dios. Hasta ahora, el hombre había sido un niño (aunque se podría pensar que uno mimado).

Es parte de la mitología de la psicología popular que los seres humanos sólo pueden llegar a la edad adulta si en algún momento de la adolescencia se rebelan contra sus padres. Para que el hombre alcance una relación adulta con Dios tiene que suceder algo similar. El hombre necesita darle la espalda a Dios por un tiempo, no creer en Él y quebrantar sus mandamientos. Es parte de la maduración. Más tarde, cuando el hombre ha cometido algunos errores y ha comenzado a extrañar un poco a Dios, los dos se reencuentran y la disputa se arregla. No es que el hombre tenga que disculparse. Él sólo se estaba liberando del control paterno excesivo. A partir de ahora ellos se encuentran de igual a igual.

(Lo anterior no es una parodia. Se presenta seriamente como una interpretación de la parábola del hijo pródigo en folletos de origen francés vendidos con permiso episcopal en todo el mundo).

Algunos modernistas aclamaron al Sagrado Concilio Vaticano [II] como la expresión de la mayoría de edad del hombre; su fiesta de mayoría de edad, por así decirlo. Comenzaba una nueva era. ¿Una era del Espíritu Santo, quizás?

En su estado infantil, antes de llegar a la mayoría de edad, el hombre católico había necesitado que el Papa, los obispos y el clero le dijeran qué creer y cómo comportarse. ¿No había inventado él, con su instinto seguro de auto-satisfacción espiritual y auto-conservación, la jerarquía eclesiástica precisamente para ese propósito: para actuar como padre y madre? Pero ahora que era adulto, él decidiría estas cosas por sí mismo. En la nueva era, Dios hablaría con el individuo directamente por teléfono, por así decirlo, en lugar de enviarle mensajes en forma de circular a través de cartas a sus "padres". A este rechazo de la autoridad eclesiástica se le llama la "liberación de la Iglesia".

"LA LIBERACIÓN DEL HOMBRE"

Habiéndose vuelto adulta la humanidad en general, Dios quiere que el hombre dirija el mundo por su cuenta; el hombre de ahora en adelante tiene personalmente el control del mundo y del proceso evolutivo. Por lo tanto, los fieles ya no deben rogar a Dios por sus necesidades religiosas. Dios no quiere que lo consulten; Él espera que los hombres se mantengan por sí mismos. Es como el padre que se ha jubilado y observa con satisfacción mientras el hijo maneja los negocios familiares en el lugar del padre.

Desafortunadamente, el hijo ha descubierto que el negocio familiar está lejos de estar en buena forma. Aunque el pasado es la historia del progreso humano y todo ha ido mejorando, el hijo está conmocionado por su descubrimiento de la manera desordenada en que se ha permitido proceder a la evolución. El pasado es un desastre tal que él apenas puede soportar mirarlo. Sin embargo, una vez que él esté encima de las cosas, sin duda éstas avanzarán más rápido y de manera más eficiente. En primer lugar, el mundo está lleno de estructuras sociales, económicas y políticas injustas, y éstas tendrán que ser cambiadas antes de que el mundo pueda ser transformado. A esto se le llama la

"liberación del hombre", y es deber de los católicos unirse a este trabajo. En verdad, es la esencia de su vocación.

Los fieles bien podrían estar perplejos en cuanto a cuál de estas muchas ciudadelas del mal se supone que ellos deben asaltar. El mundo está lleno de instituciones de todos los tamaños y tipos. ¿A cuáles se refieren los nuevos apóstoles? ¿El Congreso de los Estados Unidos? ¿El *Chase-Manhattan Bank*? ¿Los partidos comunistas ruso, francés o italiano? Nadie lo dice a los fieles. Tampoco se les dice si estas instituciones son injustas en principio y deben ser abolidas, o si sólo están funcionando mal y necesitan reformas. Quizás no hay necesidad de instruirlos. La izquierda radical siempre está allí para mostrarles qué mirar y de qué apartar la mirada.

Las estructuras injustas no son sólo la causa de todos los pecados del mundo; son al mismo tiempo la encarnación concreta del pecado. Pero una de las características de este pecado es que los miembros de la nueva religión no participan de él. Por eso las nuevas estructuras que van a reemplazar a las antiguas no encarnarán la injusticia ni el pecado; ellas van a ser construidas por hombres sin pecado. Como dije antes, los hombres —al menos aquellos con el punto de vista correcto— son naturalmente agradables y buenos. La nueva religión no sabe nada sobre la gracia o sobre lo que sucede cuando ella está ausente.

EL HOMBRE NO TIENE ALMA

Hemos regresado al hombre, que es, después de todo, el centro de la nueva religión, que tiene tres cosas más que decirnos sobre él.

Para empezar, el hombre no tiene alma. Éste es el descubrimiento de los críticos bíblicos. La Biblia, dicen, no reconoce la existencia del alma, que fue la invención de la filosofía griega. (Aparentemente los críticos no han estudiado egiptología ni ninguna de las principales religiones del mundo). "¿Quién", según se informa, dijo el Obispo Helder Camara en el Sínodo de 1974, "ha visto alguna vez un espíritu incorpóreo?" Es por eso que las referencias al alma en las versiones vernáculas de la liturgia o la Biblia son omitidas o mal traducidas. Antes de subir a la Sagrada Comunión ya no decimos, como lo hace el latín del Papa Pablo: "Sólo di la palabra y mi alma será sanada". Decimos: "Yo seré sanado". "¿De qué le sirve a un hombre ganar el mundo entero y sufrir la pérdida de su vida?" —dice la *Biblia de Jerusalén*— no "de su alma", lo que tienen el griego y el latín.

Un hombre bien podría argumentar que él estaría feliz de ganar el mundo entero al precio de su vida, ya que todos van a morir, pero no si él se arriesgara a perder su alma en el Infierno. Si el alma no puede existir separada del cuerpo, no hay vida después de la muerte y por lo tanto no hay juicio. El hombre no tendrá que presentarse al gran examen final; ni siquiera tendrá una evaluación continua.

Otro atributo del hombre es que él es un genio. Es casi ilimitadamente creativo; casi no hay nada que él no pueda hacer. Y dado que los hombres son iguales, todo hombre es un genio en potencia; sólo la educación defectuosa y las instituciones opresivas impiden que sus talentos florezcan. A menos que él pueda desarrollar todos sus poderes en la medida de su capacidad y darles expresión completa, él permanece atrofiado e incompleto. Por lo tanto, se le debe permitir que lo intente todo y no se le debe prohibir nada.

Aquí es donde la nueva religión adopta del existencialismo y la teoría psiquiátrica el principio de que la personalidad y la naturaleza humana no son algo fijo que un hombre o una mujer posean desde el momento de la concepción para toda la eternidad. Ellas fluctúan. Él puede tener más o menos de ellas. Ciertas condiciones lo hacen más o menos ser humano, más o menos persona.

La primera condición necesaria para la humanidad plena es el poder de comunicarse, de hablar y de poder hacerse entender. Los embriones y los bebés son apenas humanos, al igual que los seniles y los locos, que en ciertos momentos pueden no ser humanos en absoluto y, en consecuencia, pueden ser ejecutados. En parte debido a esto, el hombre no es completamente humano por sí solo; debe ser parte de un grupo. La comunidad hace al individuo, no al revés. Un ermitaño en una cueva es un semi-hombre: no hay lugar en la nueva religión para el solitario contemplativo.

COMODIDAD Y PROSPERIDAD

Para ser completamente humano, un hombre también debe tener un nivel de vida apto para una "existencia plenamente humana". La cantidad requerida de comodidad y prosperidad parece ser la que disfruta el teólogo europeo o estadounidense bien provisto —o quizás un poco más. Las personas que viven en cabañas con pisos de piedra, que beben agua de los pozos, van a trabajar caminando y cocinan su comida en ollas de hierro no sólo son pobres, sino que, incluso cuando están felices y contentas, sufren una disminución de su naturaleza humana. ¿La Sagrada Familia se vio afectada de esta manera? La nueva religión, a diferencia de los Evangelios, no tiene nada alentador que decir sobre la pobreza.

Entre las facultades de un hombre están sus poderes sexuales. También a éstos se les debe dar rienda suelta si él ha de ser completamente humano. Todo debe estar permitido y todo debe ser probado. Por eso el Vaticano ha tenido que emitir su *Declaración acerca de ciertas cuestiones de Ética Sexual* [de 1975]. La fidelidad en el matrimonio y la castidad antes de él producen una persona debilitada, y la virginidad una no-persona. El Salvador caería dentro de esta última categoría.

Desarrollar las "potencialidades humanas" propias es lo que se podría llamar la espiritualidad de la nueva religión, en oposición a su teología dogmática y moral. Toma el lugar que en la religión verdadera está ocupado por la búsqueda de la perfección espiritual, y procede exactamente por los principios opuestos. Los santos avanzaron a la gloria soportando los males con paciencia, aceptando con alegría la frustración de sus deseos y regocijándose cuando ellos eran despreciados. La nueva religión aborrece estas ideas. Todo lo que humilla y limita al hombre y le ayuda a mantenerse pequeño en su propia estima ha de ser deplorado como un mal absoluto.

Quizás por eso, cuando los nuevos teólogos se reúnen para compartir "intuiciones" y discutir estrategias, aunque preocupados por la pobreza mundial, se congregan tan a menudo en hoteles caros.

RESTOS RETORCIDOS

Lo que acabo de describir es ahora la religión de innumerables obispos, sacerdotes y laicos "católicos" en todo el mundo. Encuentra expresión, como los lectores del *Wanderer* saben, en cientos de libros, y casi todo el material catequético y educativo está empapado de él. Por supuesto, no todos los que se apartan de la ortodoxia católica abrazan la nueva religión en su totalidad. Algunos se detienen en varios lugares de descanso a lo largo del camino. Pero es el polo de atracción al que la mayoría tiende y que muchos de los más influyentes han alcanzado ahora.

Si por un momento ignoramos los restos retorcidos de verdad natural y sobrenatural esparcidos en esta colección de escombros religiosos y filosóficos —por ejemplo, la verdad de que estamos destinados a cuidarnos unos a otros y ser cooperativos (siempre que sea para un propósito honorable); y si pasamos por alto la tendencia obvia a identificar la tarea del cristiano con los objetivos del humanitarismo secular y el marxismo, se ve que la nueva religión, como sus contrapartes seculares, no sólo aspira a construir un paraíso terrenal, sino que está involucrada en la adoración del hombre y la deificación del cambio.

También es el evangelio de la riqueza el que, sin enfrentarlo, los clérigos están predicando, mientras denuncian a los ricos y corren tras los pobres.

Bienaventurados los ricos. Ellos tienen una existencia plenamente humana.

Bienaventurados los sanos. Ellos son seres humanos completos.

Bienaventurados los impuros. Ellos no han frustrado sus instintos.

Bienaventurado eres cuando los hombres te tengan en gran estima y te adulen porque eres uno de ellos; entonces la Iglesia tiene una buena imagen.

Bienaventurado eres cuando te liberas, no sólo de la injusticia y la opresión, sino de todo tipo de subordinación; cuando puedes salirte con la tuya en todo, como lo hacen los ricos.

Odia a tus enemigos: tus empleadores, tus padres, el gerente del banco, las clases opresoras o quienquiera que sea.

Habla con insultos de los que te critican: los Cardenales de Roma que examinan tus libros de teología.

Piensa mal de aquellos que tienen autoridad sobre ti y restringen tu libertad —los pocos obispos fieles que aún cumplen sus deberes.

Malditas sean la pobreza, la castidad, la obediencia y la humildad.

Ay de ustedes los pobres, los enfermos, los deficientes mentales, los neuróticos que nunca tendrán la madurez suficiente para contraer un matrimonio válido. No tendrán recompensa. Morirán antes de que se construya el paraíso terrenal.

Así, manifestando y protestando, la nueva "iglesia" prosigue su camino; esta extraña y trágica comunidad de personas plenamente humanas que aman, cuidan, se preocupan y se enfurecen, avanzando expectantes hacia el futuro con los ojos vendados.

¿Qué le sucederá en ese futuro, cuando finalmente se separe de la Iglesia Católica y se lance por su cuenta, como finalmente lo hará, aunque probablemente se lleve consigo la mayor parte de las posesiones materiales de la Iglesia y una gran parte de sus miembros? ¿Dónde terminará?

¿Tendrá una existencia larga y una muerte lenta como la religión estatal castrada del Mercado Común o de un imperio euro-americano de la Alianza Atlántica? ¿O, a medida que avanzan las mareas del este hacia el oeste, se sumergirá llorando, con todas sus expectativas destrozadas, en las profundidades de algún archipiélago Gulag? ¿Es allí donde está destinada, a través de compañeros de prisión católicos, a encontrar de nuevo la perla perdida y el tesoro escondido —como San Hipólito al encontrarse con el Papa San Ponciano en una mina de plata de Cerdeña y ser absuelto de sus herejías antes de que ambos fueran al martirio?

"Junto a las aguas del Lago Baikal nos sentamos y lloramos..." [Nota del Traductor: alusión a Salmos 136,1].

"O Roma felix... O alma mater... Domine misere nobis." [Oh Roma feliz... Oh alma nutricia... Señor, ten piedad de nosotros].

Este folleto [fue] publicado por:

THE WANDERER, 201 Ohio Street - St. Paul, Minnesota 55107, *The Wanderer Press*, 1979.

[Vuelve a la Tabla de Contenidos](#)